

**Texto que aparecerá en el libro: *Lugares, monumentos, ancestros. Por una Arqueología Andina del paisaje*, editado por Luis Flores Blanco y que será publicado por la Editorial Horizonte, de Perú, previsiblemente a inicios del 2016.** [Esta versión es anterior a la revisión realizada por el editor y aprobada por la editorial. También es diferente a la versión original publicada en inglés, pues incluye precisiones conceptuales y argumentos más extensos, y cuya referencia es: Felipe Criado-Boado (2015), *Archaeologies of Space: an Inquiry into Modes of Existence of Xscapes*, in K. Kristiansen, L. Smejda, J. Turek (ed.), *Paradigm found. Archaeological theory -present, past and future*, Oxford: Oxbow Books, p. 61-83, <http://hdl.handle.net/10261/82547> ]

**Draft to come out in: *Lugares, monumentos, ancestros. Por una Arqueología Andina del paisaje*, book edited by Luis Flores Blanco to be published in Perú by Editorial Horizonte, in early 2016.** [Draft version prior to editorial review and approval. The original version of this text was published in English as Felipe Criado-Boado (2015), *Archaeologies of Space: an Inquiry into Modes of Existence of Xscapes*, in K. Kristiansen, L. Smejda, J. Turek (ed.), *Paradigm found. Archaeological theory -present, past and future*, Oxford: Oxbow Books, p. 61-83, <http://hdl.handle.net/10261/82547> . This text is significantly different of the English version. It includes some concepts definitions and extended discussions; altogether it has got 4800 extra words]

## Arqueológicas del espacio: aproximación a los modos de existencia de los “xscapes”

Distribución abierta bajo citación correcta

20 de November de 2015 · 19:32

*Felipe Criado-Boado*

Filiación institucional: Instituto de Ciencias del Patrimonio (Incipit), Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC) Santiago de Compostela (España) --- [felipe.criado-boado@incipit.csic.es](mailto:felipe.criado-boado@incipit.csic.es)

## Arqueológicas del espacio: aproximación a los modos de existencia de los “xscapes”

### Resumen

Este texto versa sobre el espacio, un tema importante de investigación porque constituye un aspecto esencial de la experiencia y sociedad humanas, embebido en las mismas condiciones de posibilidad de la realidad. A pesar de su importancia, el espacio como concepto no ha sido considerado de una forma adecuada por la arqueología. La propuesta que presenta este texto se basa en el principio de que, engranado activamente con el mundo material, hay un cierto modo de configurar el espacio que subyace a la acción humana y sus materializaciones, haciendo posible entre otras cosas producir orden. Una forma espacial no es nunca independiente de los sistemas de representación que la monitorizan, algo que podemos referenciar como el “concepto de espacio” de cada formación socio-cultural. Mi propósito es analizar éste a través de su objetivación en la cultura material mediante una aproximación interpretativa y simétrica a los fenómenos arqueológicos, que se caracterizan por presentar una articulación espacial visible y significativa. Esto es el caso tanto de los primeros monumentos funerarios o ceremoniales, la arquitectura doméstica, el arte rupestre y las fortificaciones prístinas, pero también de los sistemas de parcelación de campo, las canchas de cultivo, las arquitecturas de regadío o, incluso, el uso del suelo. En este sentido, mi propuesta (aquí y en otras partes) es explorar las formas del espacio a través del tiempo, identificar sus regularidades espaciales y, a través de ellas, aislar los modelos cognitivos de representación del espacio. Este objetivo demanda revisar diferentes contextos de una misma formación socio-cultural para examinar si presentan correspondencias y relaciones de compatibilidad (y cuáles, cómo y por qué) entre los diferentes modos de materializar el espacio.

### Abstract

This text will deal with space, an important issue in human research, as it is a core element in human experience and society, inherent to the very possibility of reality. It tries to overcome the fact that, as a concept, it has not been properly appraised in archaeology, despite its importance. This proposal is based on the principle that actively engaged with the material world, there is a certain way of shaping space that underlies human action and its materialization, making it possible to produce order. A spatial form is never independent of the systems of representations that appear to monitor it, something that I will call the “concept of space”. My aim is to study it through the objectification of concepts of space in material culture, by means of an interpretive and symmetrical approach to archaeological phenomena, which are characterized by presenting a meaningful and visible spatial articulation. This is the case of the first funerary and ceremonial monuments, domestic architecture, rock art and fortifications, as well as early field-systems and land use. In other words, my concern (now and for the future) explores the forms of space through time to detect their spatial regularities, and from them the cognitive representations of space. This objective calls for a review of

different socio-cultural contexts in order to examine whether or not they present correspondences (and which, how and why) between the different ways in which their space is materialised.

## (1) Introducción: casas, paisajes y cosas

Mi propósito en este texto es plantear una investigación arqueológica profunda del concepto de espacio, entendido como un fundamental del que derivarían sucesivamente representaciones espaciales, regularidades, formas básicas, configuraciones, organizaciones y finalmente las formas concretas de las materialidades humanas. Esta propuesta se basa en el principio de que hay una cierta forma de configurar el espacio que está activamente intrincada con el mundo físico y que acompaña a la acción humana y su materialización, haciendo entonces posible producir orden (Demarrais et al. 2004, Malafouris 2010, Lillios et al. 2010) y organizar la vida social. Una forma espacial nunca es independiente de los sistemas de representación que se desarrollan para monitorizarla (Wigley 1993). A esto lo denominaré **aquí concepto de espacio**. Éste es un elemento nuclear de la experiencia humana y la sociedad, y de hecho es inherente a las condiciones de posibilidad de la realidad. Por ello es un tópico de investigación de importancia crítica. A pesar de ello, el espacio (en cuanto que concepto) no ha sido explorado convenientemente desde la arqueología. Este texto, que en un cierto sentido es más programático y tentativo que factual y prescriptivo, se plantea el análisis de los “modos de existencia” de las conceptualizaciones del espacio. La expresión **modo de existencia** está tomada de Latour. Éste ha construido sobre ella su último proyecto (ver <http://www.modesofexistence.org>). Para definir la misma en un trabajo anterior (Latour 2006) echa mano de un pasaje en una novela de Coetze, donde un personaje le dice a otro que no puede mantener más tiempo ese “mode of existence”; y cuando el otro le pregunta a qué se refiere, el primero contesta “Life in public”. En síntesis lo que se indica con ella son los diferentes círculos (ámbitos, horizontes) en los que una cosa, objeto o idea puede vivir, dando lugar a diferentes visiones de esa idea, objeto o cosa. Un caballo tiene un modo de existencia como ser vivo, otro como animal doméstico, otro diferente como criatura mítica, otro como objeto científico, y otro en fin cuando sus restos son incorporados a un museo de zoología o paleontología.

Este trabajo plantea el examen de los modos de existencia de las formas materiales como medio para descubrir el concepto de espacio que está embebido en ellas y para explicar su **régimen de verdad** o *episteme* (Foucault 1978). De este modo, se plantea el estudio de las *arqueo-lógicas* (en el sentido de Criado-Boado 2012) del espacio como una práctica de arqueología simétrica (González-Ruibal 2007) que evita la reificación de las dualidades constitutivas de la modernidad occidental. Para llegar al concepto de espacio, utilizaré el operador **xscape**. A pesar de que pueda ser fuente de alguna confusión, con este término me refiero a dos cosas distintas. Por una parte, en un sentido descriptivo y general, me refiero a cualquier forma, código o materialidad de organización espacial (landscape, domesticscape, mindscape, ... xscape, ya que la lista puede ser prolija y oportunista. Por otra parte, en un sentido prescriptivo y conceptual, me refiero a las pautas y regularidades de la experiencia humana del espacio, de modo que revisando sus diferentes modos de existencia, podamos aislar el concepto de espacio propio de una formación sociocultural; el xscape sería algo así como la forma constante debajo de los diferentes x-scapes. Trataré esta temática en este orden. En el apartado 2 defino el problema de investigación. En el apartado 3 concreto éste considerando la pregunta ¿qué es el espacio? En el apartado 4 abordo algunas cuestiones de método y metodología que, aunque son en parte ajenas a este texto, es preciso traer a colación para decidir cómo proceder ante una investigación como la que planteo: ¿qué criterios mínimos de sistematicidad y científicidad darían a estas propuestas un valor diferente al meramente narrativo o especulativo? En el apartado 5, ejemplificando el método anterior y para sustanciar mi aproximación, despliego el análisis de regularidades espaciales en diferentes tipos de materialidades que presento de forma sucinta, casi reducidas a historias

gráficas. En el apartado 6 concluyo planteando una sintaxis espacial muy básica fundada en tres tensiones primarias, y al tiempo correlaciono las formas de materialización a las que dan lugar con su contexto social. En otras palabras, este texto apela a la búsqueda de un paradigma para interpretar los principios espaciales que orientan el despliegue (*becoming*) de la realidad humana, algo que considero un problema central de las ciencias sociales porque ese despliegue, y su mismo conocimiento, es imposible (al menos difícil) sin algún tipo de acceso o comprensión de estos principios.

Debo añadir que este texto es una traducción libre, hecha por mí mismo, del trabajo que preparé para el libro de homenaje a Evzen Neustupny, con el título “Archaeologies of Space: an inquiry into the modes of existence of Xscape” (Kristiansen et al. 2014; su versión pre-print está disponible en <http://hdl.handle.net/10261/82547> ). Dejando al margen que ningún sentido es enteramente independiente de la lengua en la que es dicho (ofreciendo en este caso el español una variedad de matices que seguramente se pierden en el inglés), esta versión incluye además una gran porción de texto nuevo. [Nota: es posible que la lectura de este texto sea más sencilla si el lector/a, en vez de parar mientes en cada expresión concreta creyendo que denota el sentido de un concepto mayúsculo, la toma en un sentido directo y banal. Los términos que utilizo son ante todo palabras para expresarse y crear sentido. No son conceptos. Cuando proponga un concepto sustantivo, lo resaltaré en negrita, queriendo indicar con ello no tanto que es un concepto en sí sino que como tal va su definición va incluida en el texto).

## (2) El espacio: un tema pendiente en Arqueología

Años después del influyente libro de Kubler (1962) *The Shape of Time*, aún nos falta una *forma del espacio* (diferente desde luego al libro que con ese mismo título J.R. Weeks (1985) ha dedicado a la geometría). La *forma del tiempo* es una contribución a la historia de las cosas y las imágenes (otro tipo de cosas) que reemplazaba la noción tradicional de estilo por las nuevas formas de duración histórica (*durée*) que implican simultáneamente implican mutación, replicación e invención. De hecho, el presente trabajo arriesga la mera posibilidad de repensar los **estilos** artísticos (categorías de clasificación cultural que aún esperan a ser repensadas) como actualizaciones del concepto de espacio propio de cada cultura, i.e. como las regularidades formales producidas por la materialización del modelo cognitivo de representación de ese sistema espacial. Tim Ingold hizo una contribución sustancial en algunos trabajos (por ejemplo Ingold 2000) para comprender los principios o fundamentales espaciales cuando enfatizó la acción estructural y estructurante de conceptos tales como puntos, líneas, movimientos, animales, seres vivos o naturaleza. A lo largo de los últimos 20 años, la arqueología del paisaje se ha hecho progresivamente más influyente en el trabajo arqueológico.

Sin embargo, la Arqueología (también la Historia, la Historia del Arte o incluso la Arquitectura o las Tecnologías Geoespaciales) todavía están esperando una investigación como la que P. Sloterdijk (2003, ver abajo) adelantó sobre las formas básicas del trabajo, acción y pensamiento humanos. Su aproximación reclama ser *prehistorizada*; o en otras palabras, confirmada con el análisis de las formas de la cultura material dentro de procesos históricos y sociales concretos. Algo de esto es lo que hace R. Bradley (2012) en su libro *The Idea of Order*. Un mérito de este libro es mostrar la viabilidad de buscar un orden espacial desde la investigación arqueológica. En el mismo sentido se debe remarcar la iniciativa alemana TOPOI, reciente y multiabarcante, un cluster científico para estudiar la formación y transformación del espacio y el saber en civilizaciones antiguas [<http://www.topoi.org/>] que, a pesar de incluir la Arqueología, no incluye un estudio exhaustivo de contextos prehistóricos. Ambas iniciativas son interesantes para tratar este tópico.

A pesar de la importancia del tema, la investigación arqueológica y prehistórica lo han pasado por alto a menudo. Es bastante obvio que este asunto no tiene nada que ver con la vieja

Arqueología Espacial, una orientación disciplinar dentro de la Arqueología que siempre fue concebida como un grupo de estudios y estudiosos que exploraban los aspectos espaciales de los fenómenos arqueológicos. Craso error. En el fondo la Arqueología Espacial no sabe qué cosa es el “espacio”. Nunca asumió, ni siquiera entrevió, el desafío de identificar el concepto básico de espacio detrás de las dimensiones espaciales de la sociedad y la cultura.

En los últimos años, las aproximaciones orientadas-al-espacio han adquirido un notable desarrollo en la Arqueología, particularmente en la Arqueología del Paisaje, en la explosión de las aplicaciones GIS y en el amanecer de las Tecnologías Geoespaciales Digitales, incluyendo los GPS, la teledetección, la fotogrametría digital y el escaneado 3D. En la actualidad muchos arqueólogo/as afirman que se sirven de esas tecnologías para aproximarse a los datos arqueológicos. De hecho, la ubicuidad actual de la Arqueología del Paisaje como marco y/o palabra clave para la investigación arqueológica reciente es algo que aún debe ser crítica y reflexivamente estudiado (Parcero-Oubiña et al. s/f). Igualmente ocurre con el frenesí de aplicaciones GIS en Arqueología, que en parte es comprensible tomando en cuenta tanto su eficacia y bajo coste como su prestigio científico-técnico. Pero lo que alcanza cotas de auténtica exageración es la explosión reciente de las técnicas de representación 3D en la arqueología. No podemos dudar de que las Tecnologías Geoespaciales han ayudado mucho a refinar las técnicas GIS y a producir tanto grandes cantidades de nuevos datos e información como nuevas preguntas y análisis. Tampoco debemos dudar de que la Arqueología del Paisaje ha analizado casi todos los tipos posibles de paisaje cultural, y que ello nos permite entender los paisajes como *procesos*, los monumentos como *escenarios*, y ciertos sitios como *lugares*. Pero como suele ocurrir en todo, la inflación de oferta genera una deflación de sentido. Nunca fueron más omnipresentes las tecnologías espaciales. Y nunca corrimos el riesgo de saber menos del espacio. Nos terminará pasando como a esos niños a los que el GPS de sus celulares conduce a donde quieren ir y por lo tanto no necesitan crearse una cartografía mental, un modelo espacial en sus cabezas. Estoy muy lejos de cualquier tentación ludita, de humanismo viejo, frente a las tecnologías digitales. Más bien soy un firme partidario de ellas. Pero eso no me lleva a olvidar que la clave del digitalismo es que altera radicalmente la relación histórica y cognitiva que los humanos han tenido con la representación, hasta la fecha construida con base en sistemas analógicos de representación del mundo. No es sólo que los modelos analógicos sean sustituidos por los digitales. Es que estas tecnologías hacen aquellos innecesarios y poco eficaces. No saber leer un mapa no es sólo superfluo para utilizar un GPS; es incluso molesto porque el viejo saber puede poner en duda al nuevo: “... ¿y si resulta que la ruta del GPS no es la mejor?”

Mi balance es que, mientras todos esos desarrollos y aplicaciones geoespaciales han generado nuevas miradas dentro de los procesos espaciales, se ha prestado escasa atención al espacio en sí. El espacio del que hablo no ha sido nunca considerado por la Arqueología Cognitiva funcionalista, ni (a pesar de su interés por los estudios simbólicos y culturales) tampoco por la Arqueología Postprocesual, ni (a pesar de su proximidad temática) por la Arqueología del Paisaje, ni por supuesto por la Arqueología GIS-orientada, o por el materialismo de la Arqueología Marxista. Algunas versiones fenomenológicas de la Arqueología del Paisaje (Tilley), se han acercado mejor a esto; pero en este caso han flaqueado desde el punto de vista metodológico y metódico; está pendiente en ellas ver cómo se cumple el ideal de científicidad, cómo se construye un conocimiento que no sea estrictamente narrativo. El espacio como tema de investigación se ha quedado perdido en la ola de las aproximaciones corrientes al paisaje y al análisis espacial en Arqueología. Las causas de esta pérdida son complejas: más allá de su relación con el proceso de globalización de la digitalización como forma de representar, conocer y producir el mundo, tienen que ver con las tendencias disciplinares dominantes en Arqueología; pero también tienen que ver con la dificultad de estudiar el espacio y su aparente (ver más abajo) incognoscibilidad.

En parte tiene que ver con el empiricismo que domina la Arqueología del paisaje y *GIS-based*. Esta se limita en gran número de ocasiones a una aplicación instrumental de paquetes GIS estandarizados y disponibles comercial o libremente, siendo ello la razón por la que la mayor parte de los arqueólogo/as dicen que trabajan *con GIS en Arqueología*, en vez de formular una genuinamente nueva investigación fundamental para desarrollar nuevos procedimientos de análisis geoespaciales para procesar información arqueológica y para reemplazar las aplicaciones de GIS en arqueología por una plena Ciencia de la Información Arqueológica (como propone Llobera 2010). La mayor parte de las cuestiones que la investigación GIS se plantea, son de escasa relevancia y carecen de ambición hermenéutica. Pocos estudios van más allá del reconocimiento estadístico de patrones de poblamientos, decisiones locacionales, capacidades de carga, usos del suelo potenciales y extensiones territoriales. La crítica postprocesual de esta Arqueología GIS (p.e. Tilley 1994) ha insistido en los constreñimientos derivados de una orientación fuertemente funcionalista de esta investigación. Pero poco se ha hecho para ofrecer alternativas positivas y promover un uso innovador de las metodologías geoespaciales.

Tampoco ha ayudado mucho a ello la orientación factual y centrada en casos de estudio concretos de la arqueología del paisaje. La fenomenología del paisaje (Wylie 2007), pertinente cuando asocia la noción de paisaje con la percepción humana de su entorno, ha destacado el estudio de su dimensión subjetiva, pero ha huido (como también se observa en los estudios culturales del paisaje en el arte) de los componentes cognitivos que, embebidos en la realidad material, estructuran el paisaje.

Finalmente, la distorsión subjetivista de parte del postprocesualismo, que tendría que haber sido la matriz teórica para superar estos problemas conceptuales, ha limitado las capacidades de éste. De hecho, la dificultad principal para el estudio del espacio es, desde una perspectiva epistemológica, la ausencia de un método positivo para producir conocimiento arqueológico. Mi impresión es que esta ausencia ha desactivado éste y otros esfuerzos, provocando que una gran cantidad de buena investigación haya buscado refugio en un empiricismo renovado y en un paradigma tecnologizante, que produce más y más bases de datos, pronto ya *big data*, las procesa con nuevas técnicas digitales, pero no introduce nuevas preguntas de investigación ni mayores ambiciones científicas o sociales.

De este modo, el **problema real** permanece: cómo integrar la cantidad de información y el poder de procesamiento de nuestros equipos informáticos, con interpretaciones innovadoras para entender los paisajes. Se están haciendo esfuerzos sustanciales para resolver esto desde el lado de la arqueología simétrica, las nuevas ontologías y las epistemologías indígenas. Son aproximaciones nuevas (en filosofía, antropología, historia, historia de la ciencia, estudios culturales, *material studies*...) que surgen como alternativas para pensar mejor la complejidad plural del mundo, también del arqueológico. El problema que desde mi punto de vista tendrán que afrontar estas aproximaciones es el estatuto de cientificidad de esos saberes para lo que deberán arriesgar en la búsqueda de mejores bases metódicas y resultados objetivables. Me dirán us partidarios que esta cautela pone el énfasis en un componente epistemológico que es una herencia de la ciencia moderna de la que nos deberíamos desprender para cumplir con el ideario del nuevo paradigma ontológico. Y aunque esté de acuerdo con ello, el problema sigue siendo cómo construir un conocimiento que sirva para más de uno y sirva además para transformar progresivamente el mundo. Mientras se resuelven estos dilemas, o se avanzan por otros lados para mostrar que no son tales, un medio para reenfocar el problema real sería buscar el concepto de espacio que produce los fenómenos espaciales, en la creencia de que lo que ha sido olvidado es que más allá de los monumentos y los paisajes, está el espacio mismo [en inglés suena mejor: *beyond monuments and landscapes, is the pure space*]. Además de la investigación en paisajes (*landscapes*), también tenemos todo tipo de *-scapes*: *seascapes*, *skyscapes*, *soundscapes*, *visualscapes*, *dreamscapes*, *powerscapes* ... pero no spacescapes.

Después de que *cada-scape* haya sido estudiado, tendremos que buscar todavía el modelo de conceptualización del espacio que sirve para organizarlo. Esto deviene en una especie de factor Xscape que deberíamos buscar. Al decir esto, estoy proponiendo una síntesis entre la capacidad de la arqueología para estudiar materializaciones (Funari 1998), y el poder de las aproximaciones a ellas desde la antropología (Appadurai 1986) o desde los *material studies* para visualizar los *Xscapes* a partir de una ingeniería inversa de *cada-scape*.

### (3) La construcción de la materia: paisaje, formas, espacio

En un estimulante texto (*Ser, habitar, pensar*), Heidegger (1994 [1954]) reflexionó sobre como el ser se refleja en el habitar y éste en el construir hasta el punto de que la construcción y sus formas dan razón del ser y su pensar (un razonamiento ampliado por Ingold (2000) en *construir, habitar, vivir*, y que también ha sido desarrollado por la crítica arquitectónica (ie. Abalos 2000, Wigley 1993). Ocurre de este modo porque el ser-en-el-mundo se realiza en hábitos, y los hábitos se materializan en hábitats. De este modo, el ser-en-el-mundo da lugar a diferentes formas de habitar y morar. Esta relación es fácil de entender en castellano o gallego-portugués porque el verbo latino *esse* (*ser*) se ha dualizado en *ser* y *estar*. *Ego sum* significa tanto *yo soy* como *yo estoy aquí*: implica que soy así porque estoy aquí, y estoy en un cierto lugar porque soy el que soy. Ser-en-el-mundo es estar-en-el-mundo. En castellano, la dualización del *sum* en *soy* y *estoy* crea una relación de complementariedad entre la condición de estar y la condición de ser; el estar no es inmanente al ser, **no es** algo intrínseco de él. El estar añade un algo específico, ya que es posible estar en muchos sitios o de muchas formas diferentes, tantas como hay formas de ser específicas. La acepción estar hace al ser, en un cierto sentido, más flexible y adaptivo, más dependiente de condiciones locacionales.

Lo que lleva del hábito del ser al hábitat o morada del estar es la forma de concebir y pensar el espacio: la transformación del hábito en hábitat se basa en una específica *concepción del espacio*. El efecto del espacio pensado se materializa por igual en el hábitat entendido como entorno, como casa o acción, como arquitectura o paisaje, como proxémica o proscenio (Creese 2011, Pallasmaa 2008, Parker et al. 2004).

De este modo los **modelos de paisajes** se redoblan en formas arquitectónicas: cada tipo de arquitectura representa un paisaje en el mismo sentido en cada paisaje contiene su arquitectura. Esto es así porque ambos son ante todo formas espaciales, materializaciones del concepto de espacio que se constituye y conforma en el ser social, y que está presente y activo en cada formación socio-cultural. La arquitectura, como el paisaje, es ante todo espacio entendido no sólo como el medio físico sino también como abstracción, como idea, como saber. Los monumentos, paisajes e incluso los usos del suelo son objetos (actantes en el sentido de Akrich y Latour 1992: 259) que no se pueden separar del espacio que permea sus formas, vinculando sus dimensiones materiales e ideales a través de una relación simétrica (Webmoor 2007) como propone el giro ontológico (Olsen 2010); si vamos a ser realistas, tenemos que reconocer todos los constituyentes de 'lo real': "la cuestión ontológica implica que los ingredientes básicos del mundo (son) lo material, la agencia, el espacio y el tiempo" (Alberti et al. 2011: 897). Desde una posición perspectivista (Viveiros de Castro 2004b) yo discutiría el 'tiempo' y la 'agencia' como parte de esta lista, salvo que se reclame una comprensión de ambos conceptos desde categorías ontológicas radicalmente distintas a las occidentales, una comprensión abierta a considerar si todos los lenguajes necesitan esos conceptos para hablar sobre las cosas, a cuestionarse si todos los objetos en mundos alternativos (una perífrasis más adecuada que denominar a éstos 'visiones del mundo' o 'culturas', como apuntan Alberti et al. 2011: 906) los necesitan para llegar a existir. Sea como sea, el tiempo y la agencia implican un sujeto que los percibe, mientras que la materia y el espacio devienen componentes internos de las cosas. De este modo, el paisaje, la arquitectura o la cultura material mueble (sea escultura, cerámica, joyería o útiles) son una objetivación de

lo que hay en la cultura: son una formalización del espacio a través de la cual el **ser social** se hace **objeto** y se refleja en diferentes **estilos materiales**, algo que permite comprender el estilo como la materialización del sistema de saber-poder (en una afortunada propuesta de Prieto 1999, ver también Warnier 2001).

Las cosas son espacio antes que tiempo, en el estricto sentido de que el espacio viene antes y después la sucesión de la vida crea el tiempo. Aunque la metafísica moderna occidental se ha concentrado en el ser y el tiempo (como mostré para la arqueología ya en 1993: 43), realmente se tendría que haber focalizado simultáneamente (como otras culturas hicieron: Cormier 2003) en el ser y el espacio; de ahí que éste sea para mí el problema central de mi aproximación a la arqueología, al patrimonio y al paisaje, un argumento basado en diferentes filósofos (Foucault 1976 es sólo un ejemplo, Bourdieu otro) y recientemente desarrollado por Sloterdijk (2003) en su crítica a Heidegger: la experiencia del espacio, del mismo modo que su acción y efectividad, tiene preeminencia lógica y ontológica sobre la experiencia del tiempo. Esto no implica negar el tiempo, su dimensión social (la temporalidad) o su dimensión histórica (la periodización): habitar el espacio supone habitar el tiempo (Karlsson 2001). Tampoco implica privilegiar (en el sentido de empezar desde) el espacio y lo material en nuestra ontología, en la realidad física o, sobre todo, en las ontologías no-occidentales (como apunta Viveiros de Castro 2004a).

Pero, *¿qué es el espacio?* Tendríamos que ser capaces de diferenciar su realidad empírica de su concepto. Físicamente hay algo que es el espacio (el ambiente, el medio); pero esta existencia es concebida y organizada con diferentes regímenes por culturas diferentes. De una forma convencional, utilizamos el término “concepto de espacio” para referirnos al sistema de representación que monitoriza y produce acciones espaciales. Si “todo paisaje se compone no sólo de lo que descansa delante de nuestros ojos sino de lo que reside dentro de nuestras cabezas” (Meinig 1976), lo que está dentro de éstas es el concepto de espacio. Esta conceptualización cultural del espacio se reproduce en la vida social, al mismo tiempo que ésta lo produce. Hay muchas cosas materiales que son perceptibles por los sentidos, y muchas inmateriales que son pensables. El paisaje (como la arquitectura, los edificios y la cultura material) forma parte del primer grupo. Pero los códigos espaciales en los cuales se basan la construcción y percepción del paisaje forman parte del segundo. Pero ambos grupos se dan juntos enhebrando dimensiones complementarias de los mismos objetos (como plantea el giro ontológico, e.g. la ontología de Bryant, Bryant 2010) porque todo pensamiento, y en particular el pensamiento sobre el espacio, está intrincadamente entrelazado con el mundo material, como enfatiza la arqueología simétrica (Olsen 2007) para intentar sobreponerse a las dualidades de la modernidad (como plantean Latour 2007 [1991] y González-Ruibal 2013) tales como sujeto-objeto, ideal-material, representación-cosa, que universalizan nuestro propio mundo y niegan el de los demás.

En particular a mí me interesa saber qué proceso formal tiene lugar cuando el devenir de las cosas hace a éstas visibles. ¿Qué sintaxis, si es que alguna, da forma a los procesos de materialización? El primer problema es, de hecho, si esa sintaxis existe, aunque sospechamos que sí pues de otro modo no sería posible reconocer en esos objetos rasgos formales comunes o regularidades; no sería posible, por ejemplo, decodificar o interpretar ciertas cosas en términos de otras (como hace Velandia 2005, un libro que yo creo que debería tener más y mejor impacto del que se le reconoce). Al final, lo que encontramos quizá es algo muy general, algo que, en términos narrativos, se podría entender como una metáfora que pone a cosas diferentes juntas pero que, en cualquier caso, aporta una comprensión comprensiva de las regularidades formales dentro de un determinado estilo cultural y posibilita decodificar su racionalidad subyacente (como hace Deleuze 1988 cuando descubre que el *pliege* es el recurso espacial que subyace a la lógica del barroco). Por lo tanto, la asunción anterior no es un apriori ni una reducción fenomenológica. Es un algo (un *some-thing*) que emerge desde las

mismas entidades porque “las realidades devienen determinadas a través de procesos de diferenciación interna en los cuales todos los elementos del puzzle están sujetos a las reglas emergentes” (Alberti et al. 2011: 906), una posición teórica que se aplica al estudio de un proceso de formalización concreto en, por ejemplo, Alberti y Marshall (2009). Por otra parte, esta propuesta se basa en las nuevas ontologías cuando decimos que todas las entidades se componen de relaciones internas con otras entidades, y que de este modo los objetos y seres son sus relaciones (Bryant 2011, una propuesta que ha sido defendida desde hace tiempo por Almudena Hernando y desarrollada en detalle en su último libro, Hernando 2012).

En las prácticas sociales, la experiencia del espacio es creada por la mirada, aprehendida por la visión, dimensionada por el movimiento, pensada por la razón. Si el ser social piensa sobre el espacio, si éste deviene forma y la forma es visible, entonces todo lo visible es racional y simbólico. Esta es una de las premisas que hacen posible buscar el espacio y sus materializaciones en la práctica desde el paisaje a la cultura material. Para *mirar*, tenemos que, sucesiva pero simultáneamente, ver-saber-pensar, tanto como andar y movernos. Una vez el espacio es pensado, es construido y permeado cuando lo vemos y caminamos. Y esto determina las formas de su materialidad. Cómo se materializan estas formas, cuál es la sintaxis de esta materialización, es algo que aproximaremos en el apartado 6.

Para acabar esta sección, puedo expresar estas ideas de una forma más sencilla. Si analizamos la etimología de paisaje en inglés (*landscape*), encontramos algo que es muy relevante. *Landscape* se relaciona con el inglés antiguo *landscipe*, que a su vez es un término que aparece a fines del siglo XVI a partir de la palabra holandesa *landschap* (en alemán *Landschaft*) para referirse a la pintura de un escenario, y en la que SCHAP deriva de la misma raíz de la que deriva *-ship* y que también se encuentra en *shape* (forma). De este modo, la forma (*shape*), el patrón (*pattern*) y la relación (*ship*) son algo interno al concepto mismo de *landscape*: considerar un *landscape* significa decodificar la forma (*shape*) del espacio bajo él.

#### **(4) La deconstrucción de los objetos: saber, métodos, metodologías**

De la discusión teórica anterior, podemos desprender una consecuencia. Si el *ser social* construye su *hábitat* de un modo que está vinculado a sus *hábitos* de vida y a sus pensamientos, si el ser construye y se reconstruye en su *estar* y en su *pensar*, entonces podremos descubrir la configuración del espacio y de este modo acceder a las dimensiones centrales de la experiencia humana, algo que puede ser analizado en los dos pliegues de la realidad (tangible e intangible) manteniendo una aproximación simétrica que entiende ambas caras como constitutivas de los mismos actantes, lo que implica (por ejemplo) tratar simultáneamente el uso social del suelo y la configuración cultural de la tierra, la forma y su concepto. Algunas aproximaciones anteriores a este tema son especialmente relevantes (Prieto et al. 2010, Robin 2010, Gianotti et al. 2011, Troncoso et al. 2011, Hernando et al. 2011, Bradley 2013).

Creo que esta investigación es viable, a pesar sus dificultades (prácticas, teóricas y filosóficas), que radican esencialmente en el dualismo inmanente de la Modernidad occidental, pero también en otros problemas no menores: la ausencia de sujetos lingüísticos que nos permitan acceder de forma directa a las representaciones racionales y mentales pretéritas (un problema que casi condena estos estudios a la incognoscibilidad); el subjetivismo encarnado en tantas “alternativas” postmodernas; el atolladero para ir desde la observación de los **códigos materiales** (la realidad *perceptible*: los objetos, los monumentos, los paisajes... las cosas) a la identificación y elucidación de los códigos estructurales (la realidad *pensada* y *pensable*: los sentidos, los conceptos, los valores ... las palabras); la variabilidad cultural que deriva de la prevalencia de los contextos históricos; las enrevesadas interrelaciones con el sistema simbólico de cada sociedad; sus interdeterminaciones con la oralidad, ya que la transformación de la experiencia del tiempo y el discurso desde las sociedades orales a las

literarias tendría que haber causado algún efecto en la forma del espacio (ie. Rodríguez 2010, 175); y, *last but not least*, las enredadas interacciones de todo ello con las funciones cognitivas básicas vinculadas con la percepción visual y sensorial.

Pese a todo ello, la viabilidad del estudio que proponemos se basa en la posibilidad de tratar el “espacio” según lo planteamos a través de las materializaciones que él produce y a través de los patrones de regularidad formal en los que él es objetivado y reificado. Esta investigación se puede hacer desde la Arqueología, analizando el registro arqueológico y considerando diferentes fenómenos espaciales desde una perspectiva inter y transdisciplinar. Esta investigación podría ser una de esas cosas que, a pesar de las limitaciones y anteojerías que caracterizan a la arqueología, puede funcionar como un revulsivo para incrementar la autoestima y aprecio de los y las profesionales de la arqueología hacia las capacidades reales de nuestra disciplina.

Para lograr esto y resolver estos problemas de investigación, propongo articular un programa de investigación **arqueo-lógico** (en el sentido que he dado al término en Criado-Boado 2012). Este programa de trabajo supone poner en marcha un modelo de producción de conocimiento situado en el eje de los más actuales debates epistemológicos y ontológicos (postpositivismo, postprocesualismo, postmodernidad, el giro simétrico que permite reconsiderar la correlación entre pensamiento y mundo – Brassier et al. 2007, y responder a la urgencia por transformar de forma positiva la realidad en el contexto actual de la gran crisis económica y cultural de Occidente, de la Gran Recesión) y que aboga por un modelo *débil* de práctica científica en arqueología y humanidades. Incluso su versión más débil (o *post*) tiene que reconocer esta práctica como una producción de conocimiento basada en estudios empíricos rigurosos informados por modelos teóricos robustos (Criado-Boado 2013) y enraizado en epistemologías y ontologías postpositivistas. Este programa requiere entonces un método para confirmar los argumentos interpretativos a través de una comparación secuencial y contextualizada de interpretaciones; debe ser interpretativo pero metódico al tiempo. Efectivamente, dado que los objetos materiales no hablan por sí mismos, la comprensión arqueológica (que es interpretativa por naturaleza y no puede ser de otro modo) necesita utilizar diferentes horizontes de racionalidad para contextualizar nuestras interpretaciones arqueológicas; los modelos para asentar esos horizontes, pueden provenir de diferentes fuentes, pero en particular procederán de las propias formaciones culturales. Este principio (que es teóricamente sencillo pero complejo en su práctica) evita el riesgo del subjetivismo solipsista que es tan frecuente y común en los ejercicios relativistas después del giro lingüístico. Para ello se precisa un modo abierto de práctica científica, algo así como un ambiente de investigación multidimensional abierto al multiculturalismo, la multivocalidad, el diálogo multiagente y la participación pública. Incluso pensar a través de un diálogo multilingüe es importante, ya que esto posibilita comprobar la capacidad, resistencia o resiliencia de los diferentes conceptos para ser traducidos de una lengua a otra.

Una aproximación de este tipo va más allá de la dicotomía funcionalismo-postfuncionalismo, e intenta combinar una posición simétrica que supere esa antinomia. Así, aunque apela a lo narrativo para presentar los resultados y hacer éstos comprensibles, no es un saber meramente narrativo sino positivo: busca un conocimiento objetivable, sino objetivo, que de una forma débil podría categorizarse como científico (posiblemente esto no importe mucho, pero lo cierto es que, al final de todo, aún debemos procurar ser convincentes ante los partisanos del conocimiento científico occidental). De este modo, siendo profundamente post-procesual, supera al post-procesualismo y promueve un método de interpretación riguroso. Este método hace posible ordenar la evidencia empírica, la diversidad de metodologías, las aportaciones de cada una de ellas y las interacciones entre los resultados que cada una produce.

La metodología efectiva para satisfacer esta ambición intelectual es bastante simple, y está especialmente adaptada al estudio de las materialidades y los procesos de materialización. Parte directamente de los diferentes actantes que se consideren y analiza su forma básica a través de un análisis formal de los objetos materiales; busca regularidades espaciales en los objetos estudiados a través del uso de metodologías fuertes (incluyendo análisis formal, arqueología del paisaje, estudios de uso del suelo y paleoecológicos, tecnologías geoespaciales y astronomía cultural) aplicadas a aspectos concretos (tales como el patrón formal, el modelo espacial básico, la visibilidad, visibilización, accesibilidad y orientación); y finalmente desvela la lógica de las realidades subyacentes (y que están hoy en día ausentes) a través de la correspondencia entre éstas y la cultura material que producen. Esto hace posible hacer propuestas interpretativas sobre los principios de organización y orden que subyacen a las formas culturales del espacio. Por ejemplo, utilizando tecnologías GIS avanzadas informadas por nuevas preguntas de investigación, podemos penetrar dentro de los aspectos simbólicos de la experiencia humana y del espacio, enfatizando la percepción del paisaje, explorando las complejidades de los factores que intervienen en el acto de percepción, e introduciendo el movimiento no sólo para explicar el emplazamiento de los monumentos sino para entender la percepción de una forma dinámica, como parte de una secuencia enactiva (Llobera et al. 2011): la cuestión a resolver no es sólo “qué se ve” sino “cómo es visto” (Llobera 2007). Veremos a continuación algunos ejemplos de esta aplicación metodológica.

### **(5) La organización de los materiales: megalitos, coches, rascacielos**

Como mencioné antes, mi interés en este texto es contribuir a una *prehistorización* del concepto de espacio mediante la búsqueda de la lógica interna que orienta y conforma la configuración de los objetos efectivos (se tiende a olvidar que en español “efectivo” significa realmente existente, algo semejante al *actual* inglés). Para ello podemos analizar la organización interna de diversos tipos de entidades materiales, desde las formas de paisaje y uso del suelo hasta los efectos concretos de las acciones humanas en la microescala, incluyendo asimismo diferentes tipos de arquitecturas, artes rupestres y cultura material mueble. Todas estas creaciones están interrelacionadas. La conjetura de partida es que todas ellas actualizan de algún modo un mismo modelo espacial que constituye la matriz de variaciones significativas para un fenómeno espacial dado. Además están intra-relacionadas porque cada una de ellas podría ser analizada a través de una cadena multiescalar que alcanza desde un edificio y su disposición espacial hasta su exterior (incluyendo la percepción del paisaje y sus relaciones con sus alrededores) y su interior (relaciones proxémicas e internas). Según mi experiencia, hay dos útiles muy potentes para confirmar la presencia o ausencia de las mismas articulaciones del espacio y desvelar así los enredamientos que los objetos presentan entre sí. El primero es hacer una especie de efecto *zoom* a través de las diferentes escalas espaciales, algo que permite verificar si existen regularidades en las diferentes actualizaciones, versiones, modificaciones o inversiones de un fenómeno dado, lo que permitiría en último término identificar el principio de representación espacial al que ese fenómeno se ajusta. El segundo es desenvolver una micro-arqueología de los objetos (sean ambientes construidos, edificios o elementos muebles) de forma que, a través de su biografía particular, se pueda ver cómo sus códigos espaciales se materializan y negocian entre ellos, con los objetos mismos y sus contextos. La reconstrucción de la biografía de los materiales y edificios permite reconocer las regularidades formales a través de las cuales una cierta configuración del espacio se expresa, al mismo tiempo que permite comprobar si los episodios de reedificación y reutilización mantienen el mismo modelo espacial o presentan otros diferentes.

Hay diferentes caminos a través de los cuales es posible decodificar estos **enredamientos** materiales (que también podemos llamar **complejos** de materiales; el término castellano

“complejo”, que en la arqueología histórico-cultural tenía una acepción rica pero distinta, puede ser una buena solución para traducir el *entanglement* inglés, ya que “enredamiento” –o cualquier otra metáfora basada en la costura y las redes, aunque de resonancias muy poderosas, resulta excesivamente metafórica, volveré más abajo, al final de este apartado, sobre estos aspectos de la nueva teoría arqueológica; en lo que sigue, utilizaré según los casos ambas opciones): megalitos y monumentalidad, arte rupestre, casas y fortificaciones, paisajes agrarios, domesticación del suelo y la tierra, paisajes celestes ... De una forma rápida, revisaré los potenciales de estos **códigos materiales** (denomino con esta expresión a los diferentes tipos de materializaciones –cerámica, pintura, tejido, tatuaje, arquitectura doméstica, templaria, funeraria, por ejemplo- para subrayar que no sólo tienen una función, morfología y significado específico, sino que además los productos a los que dan lugar están determinados por un conjunto concreto de reglas y pautas tanto simbólicas como tecnológico-operativas) y finalizaré con un ejemplo un poco más detallado.

La investigación reciente en arte rupestre se focaliza cada vez más en aspectos tales como las creencias o su sentido religioso (Fredell; Kristiansen et al. 2010); incluso en los aspectos perceptivos del arte (Díaz-Andreu et al. 2012). Mientras tanto, un tratamiento adecuado del arte desde la perspectiva de su disposición espacial interna, la distribución de motivos y la organización del panel, cosas todas que permitirían por ejemplo aproximar aspectos tales como el punto de vista, la forma de tratar la perspectiva y los códigos espaciales subyacentes inherentes en cada forma de arte, esperan todavía un análisis exhaustivo. Un caso de estudio en Chile central nos ha mostrado cómo los cuatro “suyos” del modelo de pensamiento andino fueron replicados en el despliegue de grupos significativos de arte rupestre e incluso en los propios paneles rupestres y en sus motivos (Troncoso et al. 2011). Además de considerar el arte como la representación de cosmovisiones *alternativas*, todavía hay un amplio margen para explorar la lógica interna que dio lugar a la creación de esos objetos específicos que denominamos “arte”.

Una aproximación similar se puede aplicar a los ambientes construidos, sean casas y espacios domésticos o fortificaciones y urbanismos. Explorar cómo su arquitectura estructura la percepción y movilidad a través del terreno (cuando, por ejemplo, consideramos las murallas o poblados vistos desde el exterior) o dentro de la trama urbana (cuando nos aproximamos, por ejemplo, a las casas dentro de un asentamiento concreto), es un poderoso campo de estudio que ayuda a reconocer los patrones espaciales. En un sentido amplio, el espacio construido también incluye el paisaje rural, máxime allí donde éste está conformado por la construcción sistemática y masiva de parcelas, terrazas, caminos e infraestructuras de gestión del agua, lo que amplifica el efecto humano sobre el ambiente y da lugar a un *paisaje arquitecturado* o, en las palabras de Earle et al. (2008) un *engineered landscape*. La posibilidad de estudiar el proceso de *arquitecturización* del terreno aporta una ventana excepcional para entender las representaciones cognitivas y el mismo concepto de espacio que subyace a este proceso masivo de construcción del territorio.

Pero además de estos ejemplos, hay otros campos de investigación en los que una aproximación de este tipo podría ser rentable. Uno es la interacción humana con el ambiente, y el otro la astronomía cultural. La investigación paleoambiental ha mostrado que las actividades humanas han causado un notable cambio en el paisaje, incluso durante periodos anteriores a la intensificación agraria. De este modo, los humanos pasan a ser otro agente de la dinámica del paisaje. La propuesta de que existe una co-evolución resultado de la integración de la interferencia humana con otros factores que típicamente se consideran controlados por parámetros “naturales” (Berglund 2003), particularmente la influencia climática durante las etapas preindustriales en el Holoceno, implica que ambos extremos de la (moderna) dicotomía naturaleza-cultura deberían ser, una vez más, evitados no sólo para alcanzar una comprensión coherente del mundo real (sino es así, esa división conceptual

incapacita toda aproximación empírica al estudio de la conducta humana y su ambiente, Widgren 2012), sino también para hacer una crítica cultural de la metafísica occidental, a la cual también la Arqueología debe contribuir para formar parte del proceso de cuestionamiento del sistema de saber-poder que ha colonizado el mundo, de descolonización del pensamiento, y de emergencia de modelos de construcción de conocimiento que tomen en cuenta la dimensión multicultural de la realidad social.

La fusión de la interacción entre humanidad y ambiente implica el desarrollo de paisajes plenamente domesticados desplegados a partir de los sistemas de representaciones cognitivas que subyacen a los nuevos escenarios creados por el proceso de ampliación y consolidación de la domesticación del mundo. Si esto es así, la obtención de información precisa y abundante sobre la historia de las tecnologías de uso del suelo o, incluso, el cambio ambiental, podría arrojar luz sobre la medida en que la co-evolución de la humanidad con el ambiente estuvo propiciada o basada en la utilización del mismo concepto de espacio que configuró otros fenómenos y materialidades arqueológicas. Esto se ajusta bien a las propuestas de Widgren (2012) cuando plantea que sólo podemos comprender las circunstancias bajo las cuales la acción humana modifica los patrones del paisaje cuando entendemos los fundamentales de las formaciones socio-culturales.

Un nuevo ámbito a tener en cuenta en todo esto es el paisaje celeste, el *skyscape*. La arqueoastronomía ha sido ampliamente aplicada a muchos contextos del pasado, particularmente a los monumentos megalíticos y los recintos neolíticos. Estos estudios, centrados en gran medida en el occidente mediterráneo y la Europa atlántica, han mostrado que los diferentes grupos de monumentos megalíticos presentan patrones de orientación que no son de ningún modo aleatorios (Ruggles 1999), y que en la mayor parte de estos casos estos patrones se pueden interpretar en relación con los movimientos del sol y la luna. Pese a ello, aún es difícil o poco frecuente encontrar un estudio integrador de un paisaje arqueológico en el que las dos partes del mundo, el terreno y el firmamento, sean consideradas conjuntamente (también habría que incluir el mundo ctónico, pero esto es un problema distinto). En los últimos años se han realizado algunos intentos de desenredar esta dicotomía (e.g. Belmonte et al. 2009 o González-García et al. 2010). Pero aún carecemos de un estudio comprensivo del paisaje de abajo y el de arriba (*land-sky-scape*), que incluya la orientación de un monumento individual (sea un megalito o un edificio) o de un conjunto completo (por ej. una necrópolis de monumentos funerarios), y vuelva la vista al mismo tiempo hacia el cielo, hacia los hitos topográficos más prominentes en el horizonte y hacia otros elementos arqueológicos, combinando todo ello con un análisis espacial global. Por lo tanto, el ver análisis de las orientaciones embebidas en edificios y paisajes, permitiría comprender de forma inclusiva el Xscape que subyace a las representaciones del paisaje terrestre y el celeste.

Después de esta rápida revisión de algunos terrenos de investigación de gran potencialidad para reconocer el concepto de espacio en la arqueología prehistórica, volveré a un campo más familiar: la monumentalidad megalítica, esto es, el primer tipo de arquitectura monumental de la Europa occidental y atlántica, basada toda ella en la construcción de grandes túmulos con cámaras funerarias de carácter colectivo, un fenómeno que aparece con monumentos modestos pero con intensidad en la segunda mitad del VII milenio AP, que eclosiona durante el VI milenio AP y desaparece en torno a mediados del V milenio AP. Presentaré de forma sucinta un caso de estudio específico que posibilita examinar cómo las diferentes formas monumentales son el resultado de un vínculo transitivo entre el mundo material y el virtual o imaginario.

Este tema es de gran relevancia para el problema que me ocupa, porque la primera arquitectura monumental fue la primera expresión material de la acción humana que artificializó el ambiente de una forma visible y permanente (y es así en todas partes, no importa si hablamos de la fachada atlántica de Europa, del Mediterráneo oriental, de las

Tierras Bajas del Cono Sur americano, del mundo andino, o de la región mesoamericana). Debido a ello, es importante analizar los diferentes modos de interrelación entre humanidad y ambiente que aparecen en la primera monumentalidad (López-Romero 2008), los patrones de articulación espacial que presenta y, de este modo, los modelos posibles de representaciones cognitivas del espacio vinculadas con el mundo circundante (VV.AA. 2012).

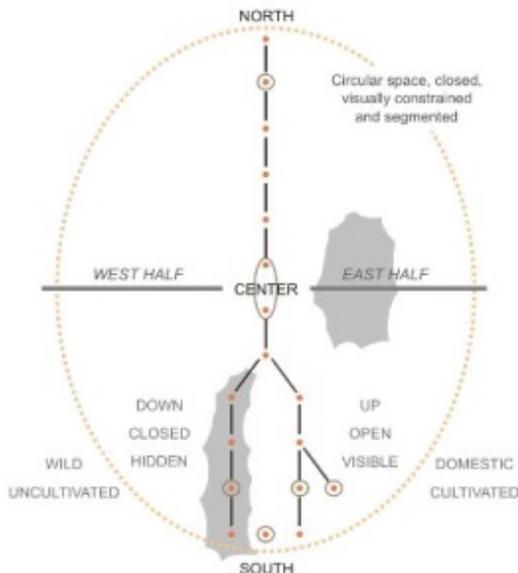
La investigación reciente está conduciendo a un cambio de paradigma (por no decir un corte paradigmático) en la interpretación del fenómeno megalítico. A pesar de la noción tradicional que entiende el megalitismo como un *continuum* (que dura más de dos milenios) y el monumento megalítico como una forma *dada*, en la actualidad vemos necesario reconocer (i) la discontinuidad intrínseca del periodo megalítico y (ii) el monumento como el resultado final de un proceso complejo de construcción, modificación, crecimiento, mejora e incluso destrucción (véase por ej. Laporte et al. 2002; Gianotti et al. 2006). Esto, que es algo tan novedoso que no hace ni 15 años que se empezó a reconocer en el megalitismo europeo, es en cambio algo bien conocido en los fenómenos tumulares y monumentales americanos, pues está documentado en la evolución de los cerritos uruguayos o argentinos (que empiezan en muchos casos como suelos de frecuentación, crean pequeños relieves y terminan siendo con propiedad túmulos), en los cerritos de la costas atacameñas (por ejemplo en los cerritos del valle de Azapa en Arica, vid. trabajos de Ivan Muñoz 2011 y 2012), o incluso en la propia evolución compleja de los conjuntos piramidales, ya desde Caral.

Al mismo tiempo, nuevos datos empíricos (que de hecho aún no terminamos de entender plenamente) muestran que, al menos en algunas regiones de la Península Ibérica, las construcciones megalíticas aparecen en ciclos, quizás incluso muy breves; esto significa que los eventos de construcción no habrían ocurrido de forma ininterrumpida desde el 6500 al 4500 AP (como habitualmente se da por sentado), sino que se concentraron en periodos hipotéticamente muy cortos (Mañana et al. 2014) con episodios largos de inactividad monumental entremedias. Aquí, como en tantos otros casos, las preconcepciones arqueológicas (nunca se pondrá suficiente esfuerzo en deconstruir los efectos que la lógica mundana actual ha incorporado a la reconstrucción del pasado arqueológico extendiendo no sólo una visión presentista sino un falso sentido común, que es sólo el sentido común propio de la vulgaridad moderna de un ambiente urbano de mediana educación) crearon una ilusión de identidad y continuidad que no se corresponde con la realidad real de los objetos históricos. En contra de ello, en cambio, tenemos que reconocer que los monumentos fueron agentes reales, lo que supone considerar una nueva ontología de los megalitos en la cual los monumentos ancestrales y su larga vida cruzada por acontecimientos diversos de construcción, reutilización, reconstrucción y abandono, habrían representado la sucesión de ciclos de visibilidad e invisibilidad de la acción social, quizás asociados con ciclos sociales determinados por dinámicas específicas de cambio social y resistencia a ese cambio, conformando entonces nuevos patrones de pre-historicidad, como se ha propuesto en Parcero-Oubiña y Criado-Boado (2013). Estos ciclos sociales se habrían relacionado con patrones simbólicos particulares que se podrían iluminar a través de una revisión exhaustiva de la conformación del espacio implicado en las diferentes actualizaciones monumentales. Por lo tanto, si revisamos éstas, sería posible encontrar el XScape que les subyace.

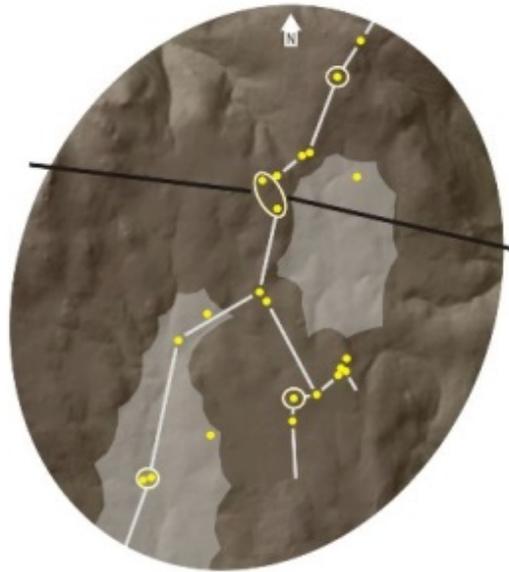
Todo esto es lo que se muestra exactamente en la Figura 1. A partir de un análisis detallado de las formas megalíticas (que implican sucesivamente paisajes ceremoniales, recintos rituales, plantas de túmulos, arquitecturas de cámaras funerarias y la distribución de los elementos de ajuar dentro de éstas o incluso del arte parietal contenidas en las losas que las conforman), se descubre un modelo recurrente utilizado insistentemente en esta tradición arquitectónica para conformar el espacio, para dar forma al espacio y dar espacio a la forma. Este modelo se presenta de una forma esquemática en la esquina superior izquierda de la Fig. 1. De una forma breve, podemos decir que se configura como un círculo con un centro nítido, y a partir de ahí

con dos mitades que presentan características opuestas y que, de forma aproximada, se orientan a este y oeste. Ese modelo aparece en los monumentos concretos, en el paisaje megalítico o en los recintos rituales neolíticos (ejemplos recogidos en la Fig. 1 procedentes de Galicia). Obviamente, cada construcción megalítica concreta puede presentar variaciones mayores, lo que sustancia el hecho de que esa construcción fue (y es) un actante concreto. Sin embargo, una vez que ha sido reconocida su vida real como un agente no-humano, lo más sorprendente es descubrir que todas estas formas monumentales presentan una cierta regularidad espacial, lo que nos permite ver que cada una de ellas es la materialización de la citada **estructura** básica. Mi conjetura, por lo tanto, es que esta estructura basal está actualizando el concepto de espacio vivo y vigente en el complejo megalítico de la Europa meridional atlántica; (este caso de estudio se presenta con mayor detalle en Gianotti et al. 2011).

En otros **códigos materiales** se encuentran ejemplos similares. Para ilustrar esto añadiré un caso distinto, que en realidad es un ejemplo de arqueología del pasado contemporáneo (González-Ruibal 2014), y que tiene la doble ventaja no sólo de traer al hilo de este volumen los temas vinculados con la transformación más reciente de la arqueología volcada cada vez más en el presente, sino de permitirnos profundizar en la revisión crítica de la modernidad occidental. Es un ejemplo que nos permite examinar, aunque sea desde una perspectiva muy general, la cultura material de la Modernidad Tardía, durante los últimos 40 años. Los códigos materiales que en este caso consideraré son la arquitectura, el diseño de automóviles, y las naves espaciales de las películas de ciencia-ficción.



Theoretical model of megalithic space



Spatial shape of a megalithic landscape



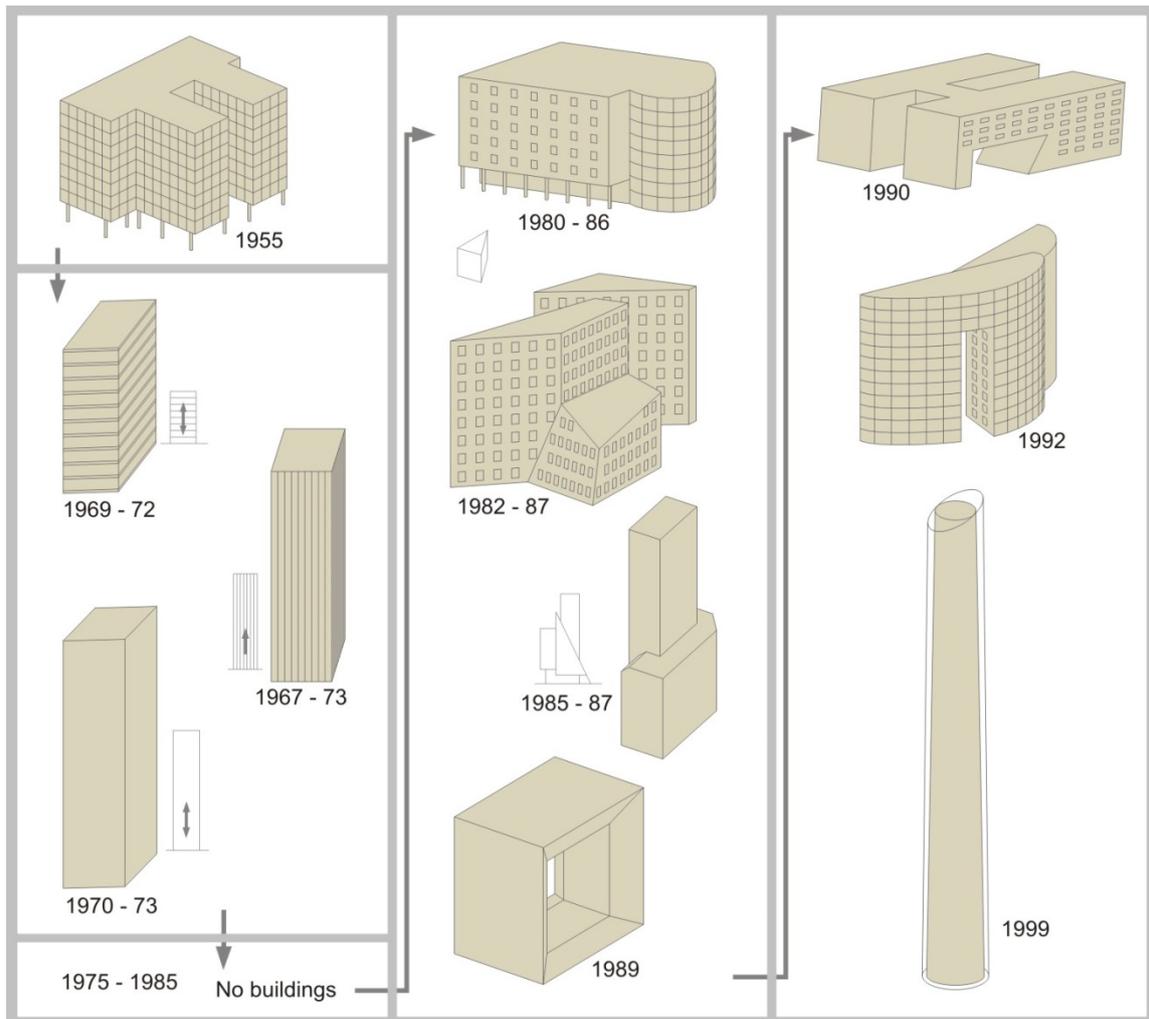
Megalithic mound



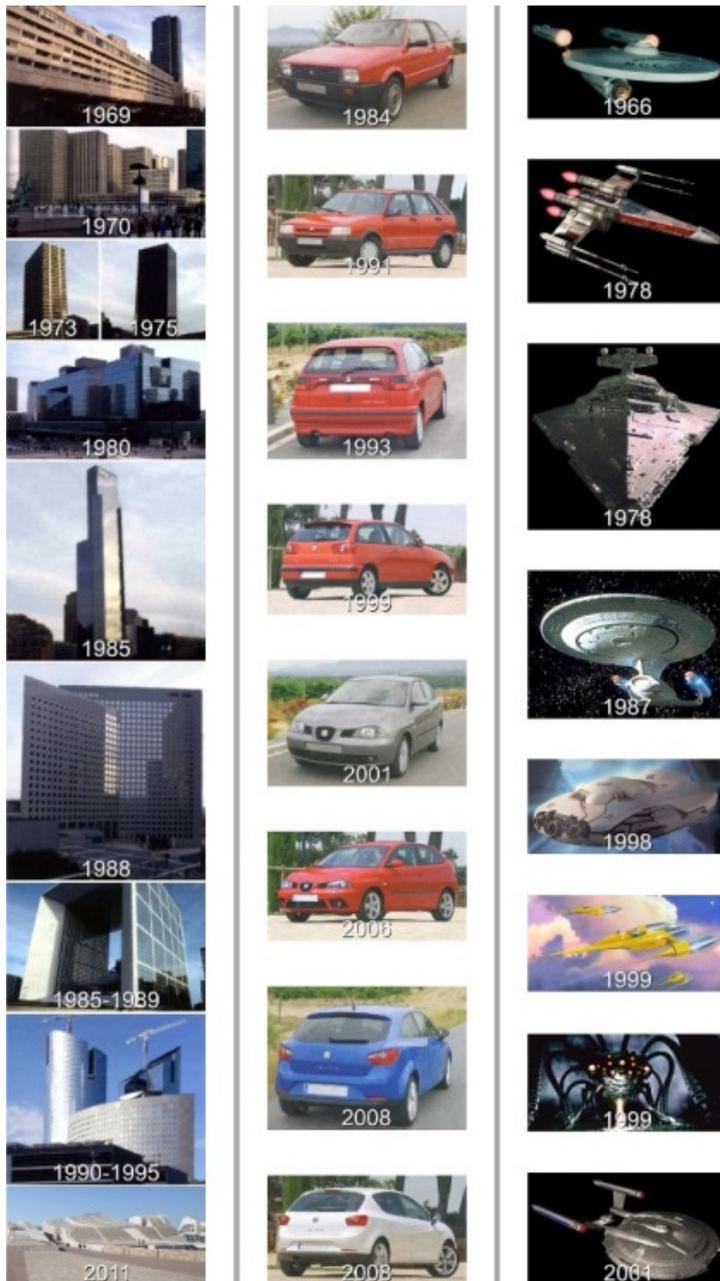
Neolithic ritual enclosure

En concreto, la arquitectura en la que me voy a centrar es la evolución de los rascacielos en el futurista distrito de *La Défense* en París. Su patrón de desarrollo se presenta en la Figura 2, basándome en esquemas de los edificios reales. Después de un inicio vacilante a inicios de los años 50 del pasado siglo, hubo entre los años 60 y 70 una explosión repentina de rascacielos altos y lineares con formas básicas de paralelepípedos rectangulares, un desarrollo que se correspondía con la ambición y progreso económico de esa época. Pero esta dinámica se interrumpe de forma abrupta como resultado de la crisis económica (y ecológica, primera crisis del petróleo) que se inicia en 1973 y se mantiene en años siguientes. Durante diez años, casi no se construyeron rascacielos. No sólo no había dinero para afrontar su promoción, sino que los valores de la época se vuelven contra éstos y justifican la no construcción de edificios altos; incluso salen estudios que muestran la relación entre vivir en pisos altos y el incremento del índice de suicidios, en un ejemplo más que muestra, por una parte, cómo lo que ocurre en unos ámbitos de la cultura y el saber tiene que ver con lo que pasa en otros y, por otra, que el saber se adapta a los discursos de poder pero enmascarando esta supeditación (resulta que el común pensaba que la culpa de los suicidios era vivir en las alturas y no los efectos de la crisis económica sobre las personas). Entonces, a partir de 1980, empieza un nuevo periodo de expansión (económica y arquitectónica) que construye edificios singulares que escalan hacia el cielo, primero de forma tímida pero más tarde ganando altura, prominencia y llegando a ser cada vez más atrevidos. Sin embargo, el rasgo más especial de este estilo arquitectónico del momento no fue la altura, sino la hegemonía de formas angulares y ejes agudos; las aristas de

los edificios son casi como filos de cuchillo. Esta tendencia culmina en el *Arc de Triomphe* de Mitterrand. Fue un periodo de optimista crecimiento del capitalismo financiero y agresivo, fue el tiempo del *yuppie*. La realidad, la desigualdad económica, las diferencias entre los que salían triunfantes de la crisis y los que aún malvivían en ella, la violencia del sistema, las políticas de Thatcher y Reagan, su belicismo, cortaban como tajos de cuchillo, como bordes de edificios. Pero una vez más, pronto esta trayectoria se interrumpe con la nueva crisis económica de los inicios de los 90 que, sin embargo, duró (aparentemente) poco. Cuando el frenesí constructivo e inmobiliario se recupera, una nueva forma básica aparece, en la que predominan las líneas curvas y las morfologías curvadas y redondeadas. El climax de esta trayectoria se habría alcanzado con la *Tour Sans Fins* de J. Nouvel, un rascacielos concebido como una columna extremadamente alta, diseñada para presentar la relación base-altura más baja jamás construida y, sobre todo, para no tener un fin aparente, para dar la impresión de que desaparecía entre las nubes (un efecto que se pretendía conseguir revistiendo la torre con una fachada telón epidérmica hecha de acero y que, a medida que subía, se sustituía por vidrio hasta ser enteramente acristalado en su tramo superior). Tendría que haberse inaugurado en el primer día del 2001, para dar la bienvenida al nuevo milenio, pero su construcción nunca llegó a ser iniciada. Sin embargo, los vericuetos de la arquitectura de la primera década del siglo XXI mantuvieron e incrementaron esta tendencia: las curvas de P. Eisenman en la *Ciudad de la Cultura* en Santiago de Compostela, las formas torcidas de F. Gehry's en el *Guggenheim* de Bilbao (y más tarde de Abu Dhabi) o el estilo rizomático de Zaha Hadid (por citar sólo algunas obras aunque emblemáticas), se disuelve y resuelve en las formas literalmente orgánicas de la arquitectura del momento, en las ondas de un proceso vertiginoso que en parte fue el resultado de la tecnología digital aplicada al diseño arquitectónico (reemplazando el lápiz y el tablero de dibujo: el *Guggenheim*-Bilbao fue el primer edificio que no fue dibujado, sino modelado: a partir de los primeros croquis de Frank Gehry, se hicieron ante todo maquetas y después, un software creado por la NASA para el diseño de componentes de naves espaciales, transformó las formas escultóricas de las maquetas en planos de construcción; por eso fue y es una muestra sobresaliente del nuevo paradigma arquitectónico de inicios del siglo XXI, de la arquitectura de la era digital, Caicoya 1997, Sabaté 1997). Pero fue sobre todo representación del grado máximo del capitalismo neoliberal y neocon. Hasta llegar al punto en el que todos sabemos cómo acabó: la Gran R (siendo "R" tanto recesión como robo).



En clave metafórica vemos que se puede hacer una cierta lectura de las correspondencias entre las formas de la materialidad y las formas de la sociedad. Pero no nos precipitemos. Ese sentido sugerido (redondo-amable frente a agudo-agresivo) tiene un estricto valor narrativo, e incluso poético, retórico. Pero la retórica no puede sustituir a la investigación científica, ni siquiera a la débil. Por eso debemos continuar nuestra pesquisa viendo qué pasa en otros ámbitos de lo material. En efecto, el aspecto más notable de este desarrollo de los diseños estándar en arquitectura es, al margen de todo lo demás, su inesperada similitud con otras formas y códigos materiales. Como se puede ver en la Figura 3, el diseño de los vehículos durante el mismo periodo, desde finales de los años 70 hasta la actualidad, se ha ajustado en gran medida a la misma tendencia formal: las formas aerodinámicas agudas, angulares, primero se curvan discretamente, después se alabean, y finalmente adquieren una morfología organicista. Un caso paradigmático es el diseño del SEAT Ibiza, lanzado al mercado en 1984; con motivo de su 30 aniversario, se hizo un anuncio que permite analizar la sucesión de los diferentes diseños durante sus 30 años (véase en <https://www.youtube.com/watch?v=ouiaanRERF4> o la modificación de este video que he recogido en <http://hdl.handle.net/10261/82547> ).



Pero la cadena de la semejanza no acaba aquí. Podemos incluir en ella el diseño de las naves espaciales que nos presentan las más famosas películas de SF de ese periodo. Las formas curvas de la primera “Enterprise” de *Star Trek* apenas pueden ocultar la hegemonía de una aerodinámica en la que predomina lo agudo y lineal, una tendencia que fue llevada al extremo en los primeros episodios de *Star Wars*. Después las naves se curvan, redondean y llegan a ser las máquinas orgánicas de películas como *Matrix* o los últimos episodios de *Star Wars*. El ejemplo de la *Enterprise* es muy significativo, pues siendo en esencia siempre la misma nave y manteniendo su forma (han cambiado más los protagonistas de la serie que su diseño), si se ordenan cronológicamente las versiones de la nave que aparecen en toda la serie de películas, vemos como ésta se adapta a los gustos estilísticos de cada momento y, en particular, como se redondea su forma, ya redonda de por sí. En el caso de las naves espaciales el paralelismo con los códigos arquitectónicos y automovilísticos es especialmente relevante ya que estos objetos (las naves espaciales) sólo existen en un mundo imaginario y su forma es totalmente independiente de cualquier tipo de determinación funcional; esto evita todo tipo de tentación de incurrir en una explicación funcionalista simple (por ej. apelando a las necesidades de la

aerodinámica o la habitabilidad) que, en cambio, se podrían traer a colación para justificar el patrón espacial de los coches y edificios. Desafiando por lo tanto a las explicaciones posibles, vemos como naves espaciales, vehículos y edificios se enredan en un mismo complejo formal, configuran un *entanglement*.

Aunque no puedo extender el caso de estudio, este complejo es aún mayor pues podemos apreciar la misma dinámica si examinamos casi cualquier otro código de la cultura material de la modernidad tardía. No me puedo resistir a presentar otros ejemplos. La misma tendencia se aprecia en los pequeños electrodomésticos de cocina (tostadoras, exprimidoras, licuadoras), algo que tiene su mérito, pues siendo aditamentos muy pequeños cuya forma está condicionada en gran medida por la función y por el ahorro de espacio, desde 1980 hemos visto como han pasado de ser cajas simples y rectas, a redondearse o animalizarse. Piénsese por ejemplo en el modelo de exprimidor de fruta “Juicy Salif” diseñado por Philip Starck en 1990; su forma animaloide, resultado de la tendencia curvilínea y organicista llevada al extremo, anticipa en unos pocos años el mismo estilo en coches y edificios, pero seguramente este desfase cronológico simplemente refleja la mayor velocidad de cambio y producción del diseño industrial de pequeños objetos, que no está sometido a cadenas tecnológicas tan complejas y procesos de diseño y construcción tan largos como un nuevo vehículo o edificio. Algo parecido se entrevé en los teléfonos celulares. O en la loza de los baños; este caso es especialmente llamativo, pues cualquiera diría que los inodoros, retretes, lavamanos y bidés serán siempre, por su funcionalidad y acomodación al espacio, esencialmente redondeados. Pero hay grados, y dentro de ellos hemos asistido, desde mediados de los 90, al surgimiento de diseños que maximizaban la forma circular y esférica.

Hay aún otro caso que ejemplifica perfectamente esta tendencia formal: el diseño de los aviones de combate invisibles; en este caso la dualidad concreta que ejemplifica los dos polos de la tendencia (aristosa primera y curvada después) son el *F-117 Nighthawk* y el *B-2 Spirit*. El diseño del primero se inicia en 1973, su primer vuelo es en 1982 y su producción y entrega al ejército gringo entre 1983 y 1990; fueron totalmente secretos hasta 1988 pero su bautismo de fuego se realiza en 1990 en la primera Guerra del Golfo (1990-1991). El B-2 (de formas antitéticas al anterior) se empieza a diseñar a inicios de los 80, su primer vuelo es en 1989, se construye entre 1989 y 1996; su bautismo de fuego fue en Kosovo en 1999 y tuvo un gran protagonismo en la segunda Guerra del Golfo (2003 en adelante).

Podríamos seguir añadiendo ejemplos. Los desarrollos posteriores de la aviación de combate (los llamados aviones de “quinta generación”) o incluso los nuevos tipos de buque (como el *USS Independence LCS-2*), enfatizan las tendencias formales que hemos visto. La cuestión relevante no es dar pábulo a la ilusión tecnológica ni a la fantasía militarista. El auténtico problema de investigación es ¿qué significa este paralelismo en las formas básicas de la modernidad tardía? Siendo honestos, yo no tengo una respuesta clara. Hace años que, como divertimento, colecciono ejemplos de la cultura material contemporánea, y cuando llega el momento de interpretarlos siempre digo irónica y autocríticamente que no he superado el nivel del título del artículo que querría escribir: “espacios redondos, tiempos huevones”. Pero esto es sólo una intuición, una expresión retórica y poética del sentido posible; no es una interpretación y ni siquiera aún una conjetura, para formular la cual habría que añadir otras consideraciones.

Creo que, en un cierto sentido al menos, la evolución que hemos visto se disuelve y resuelve ahora mismo en la tendencia incremental durante los últimos años hacia el barroquismo, al desarrollo reciente de un estilo neo-barroco que ya es obvio en muchos ámbitos del diseño, la moda y la estética contemporáneas. Podría ser entonces que el análisis de ese fenómeno nos aportase algunas referencias o conjeturas para interpretar la significación de esta fenomenología material. Mientras las curvas en las formas permiten crear la ilusión de trascender la materialidad y evocan a la esencia o forma pura (la circularidad de los OVNIs

vuelve a ser un ejemplo de ello), el barroco, al igual que el hiperrealismo, es el estilo artístico que mejor convierte las cosas en reales, (recuérdese que la exposición de la pintura y esculturas españolas entre 1600-1700 organizada en 2009 en la National Gallery de Londres se tituló precisamente "the sacred made real"). Tengo la impresión de que podremos interpretar esta evolución formal a la que nos venimos refiriendo si asociamos la *barroquización* de las curvas con la intención del diseño tardo-moderno de revincular la experiencia humana y nuestros propios cuerpos al mundo de las cosas. Me parece tentador correlacionar esto con la simultánea emergencia de las nuevas ontologías que equiparan los seres humanos, los animados y los inanimados, de tal modo que se juntan las curvas, el neo-barroco y la ontología. Esta conjunción ilumina, por ejemplo, las intenciones que se alegan para diseñar el nuevo cuartel general de Apple como un edificio de formas acristaladas curvas (popularmente conocido como *el donuts* y que la propia Apple reconoce como un *spaceship* y denomina *Mothership*, que Jobs justificó en que Apple crecía como una "weed"), o que arguye Saraceno para explicar su experimento *Cloud City* (un artista multidisciplinar que "creates inflatable and airborne biospheres with the morphology of soap bubbles, spider webs, neural networks or cloud formations, which are speculative models for alternate ways of living": <http://arts.mit.edu/artists/tomas-saraceno/>; ver tb Latour 2011).

De todos modos, mi interés no es hacer una sobre-interpretación de estos datos. Lo que me interesa aquí es mostrar la recurrencia de la configuración del espacio de un edificio concreto (por ejemplo) en otras materializaciones (desde el paisaje a la cultura material y el propio cuerpo). Me interesa hacer presentes las tendencias de regularidad formal que permean diferentes códigos materiales y que contienen relaciones de correspondencia y compatibilidad entre sí y con otros ámbitos de las formaciones culturales y las dinámicas sociales. Me interesa descubrir si detrás de toda esa serie recurrente emerge un cierto **Xscape** que, puestas así las cosas, podríamos definir como el modelo de formalización básica del concepto de espacio inherente a un cierto contexto socio-cultural. Me interesa observar que el patrón de cambios de todos esos códigos materiales sigue y se ajusta a una tendencia paralela y similar. Y me interesa sobre todo revelar que los condicionamientos de esos cambios formales hunden sus raíces en tres tensiones espaciales básicas, algo que consideraré a continuación como conclusión de este texto y, en un sentido muy general, como un intento de interpretar esas regularidades formales.

## (6) La configuración de las cosas: geometría, dirección, término

A continuación sugeriré que las formas adoptadas por el espacio, así como su variación a través del tiempo, son el resultado de una *triple tensión espacial*: por un lado *entre el círculo y el cuadrado*, entre las líneas curvas y las axiales, entre la esfera y el cubo; por el otro, *entre las líneas horizontales y las verticales*, entre la extensión en el plano y la conquista del aire; y finalmente *entre lo abierto y lo cerrado*, entre formas que no presentan límites ni están enmarcadas, y formas que están delimitadas y ceñidas por un marco.

Este modo de enfocar el tema puede parecer, a fuer de geométrico, demasiado abstracto o artificial. Pero si se piensa ver, cualquier forma puede ser, inicialmente, vista como la síntesis de esas fuerzas. O dicho de otro modo, el equilibrio entre esas presiones determina la forma de algo.

La primera tensión es explorada por Sloterdijk (2003) en una obra magna, en la que despliega una fenomenología del espacio que él denomina *esferología*. Él estudia las esferas (en una trilogía desarrollada en tres volúmenes, burbujas, globos y espumas, publicadas respectivamente en alemán en 1998, 1999 y 2004 y en español en 2003, 2004 y 2006; hasta ahora sólo las dos primeras han aparecido en inglés publicadas por el MIT), y propone que el ser humano es un *ser-en-esferas* y que vivir en el mundo significa conformar esferas. La esfera es la forma del abrigo, el espacio de la protección y de la seguridad existencial. La propuesta de

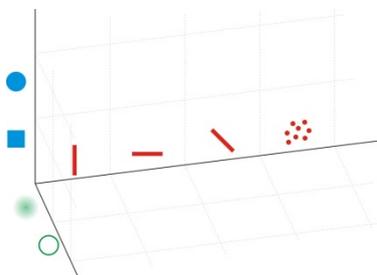
Sloterdijk es que el ser-en-esferas (en español también podríamos decir el *estar-en-esferas*) es el componente esencial del ser humano, porque las esferas son armaduras plácidas, generadoras de abrigo y espacios defensivos, dadoras de seguridad psicológica física. A través de la historia de la humanidad, las esferas se han transformado en burbujas, globos y espumas. De todos modos, este resumen simplificado no soluciona el problema, sino su principio, ya que las esferas no pueden ser las mismas e iguales en todo momento: ¿cómo son las esferas en un momento dado del tiempo? ¿cómo fueron en las sociedades antiguas? ¿en qué se diferencian las esferas de formaciones sociales diversas y divergentes?

La segunda tensión es confirmada, bien claramente, por la historia de la arquitectura, que puede ser sintetizada en una relación tensa entre las fuerzas horizontales y las verticales; la posibilidad de comprobar el efecto de esta tensión conformadora en la prehistoria, en el paisaje, en la mirada o la perspectiva, abre un campo de hipótesis y de exploración de gran valor, que en parte he aproximado en trabajos previos, y en el que espero profundizar en el futuro inmediato con el auxilio de las ciencias cognitivas y una aproximación neurocientífica a la visión. Esta tensión da lugar a cuatro líneas de fuerza, a cuatro formas básicas, pero también a cuatro formas de mirar y cuatro formas de representar: desorden (u orden silvestre), horizontalidad, oblicuidad y verticalidad. Todas ellas se pueden ordenar en una sucesión temporal en este orden, pero (desde el momento en el que por primera vez aparecen y en el seno de formaciones socio-culturales complejas) pueden aparecer simultánea y sincrónicamente: la aparición de una solución nueva, no sustituye a la anterior ni la condena a la desaparición.

La tercera tensión tiene que ver con el término, el límite, el fin, con la efectividad de las lindes, con los medios materiales para construir la frontera y el borde de las formas. De acuerdo con las formas con las que las formas se relacionan con otras realidades (otras formas, otra gente, otras cosas, las afueras y el espacio exterior), las formas se pueden presentar ilimitadas o más o menos limitadas, circunscritas. La construcción del borde es el mediador de la relación entre algo y otra cosa: la frontera en un cierto sentido refleja la naturaleza de sus interacciones. Tomemos la decoración cerámica, las representaciones en un panel, la planta de los asentamientos, la parcelación del campo o la complejidad social, una entidad puede ser y estar más o menos dividida o indivisa. Sin incurrir en un exceso simplista, se puede observar que la arquitecturización de los límites se corresponde de un modo u otro con la tendencia inherente a la realidad social hacia la división o la indivisión (un planteo que sigue de cerca a Clastres, Campagno 2014 –véase una discusión de ambos conceptos en Criado-Boado 2014). Entre ambos extremos, lo borroso y el muro, existen diferentes grados de ser y conformar la apertura y el cierre.

La conjunción de estas tensiones define el modelo formal de espacio (sea arquitectónico o construido, material o intangible) en diferentes épocas. Este modelo hipotético (esquemático en la Figura 4), o cualquier otro alternativo, se podría confirmar en las formas materiales (monumentos, construcciones, casas, paisajes y usos del suelo) de las diferentes etapas de la prehistoria y la historia. Hay una larga y compleja historia que va desde la esfera como espacio positivo que suministra seguridad en la foresta, algo ejemplificado en el “círculo de los fuegos” (según Lizot 1976, que utilizó esa expresión no sólo para describir los poblados Yanomanis –profusamente circulares- sino para nombrar la forma básica de la sociabilidad y la comunidad en este pueblo), la circularidad de las cabañas o los calveros en el bosque que abren las sociedades indivisas en sentido clastriano, hasta la imposición de formas cuadrangulares y verticales. Esa historia es ante todo una crónica de las formas, pero es también una crónica del espacio, y es al final una historia del paisaje, la mirada, la perspectiva, el pensamiento y la sociedad; de hecho se puede ver en Parcero-Oubiña et al. 2013 una descripción de las dinámicas sociales de la prehistoria reciente –entre el 7000 y el 2000 AP- del NW de la Península Ibérica aplicando una perspectiva basada en Clastres, que se combina bien

como reverso sociológico de la incipiente arqueo-lógica del espacio y las formas que planteo aquí). Pero sobre todo es una pre-historia porque las cosas que nuestras sociedades actuales están acostumbradas a ver, han aparecido en etapas que sólo la arqueología (informada por una teoría interpretativa) puede reconstruir.

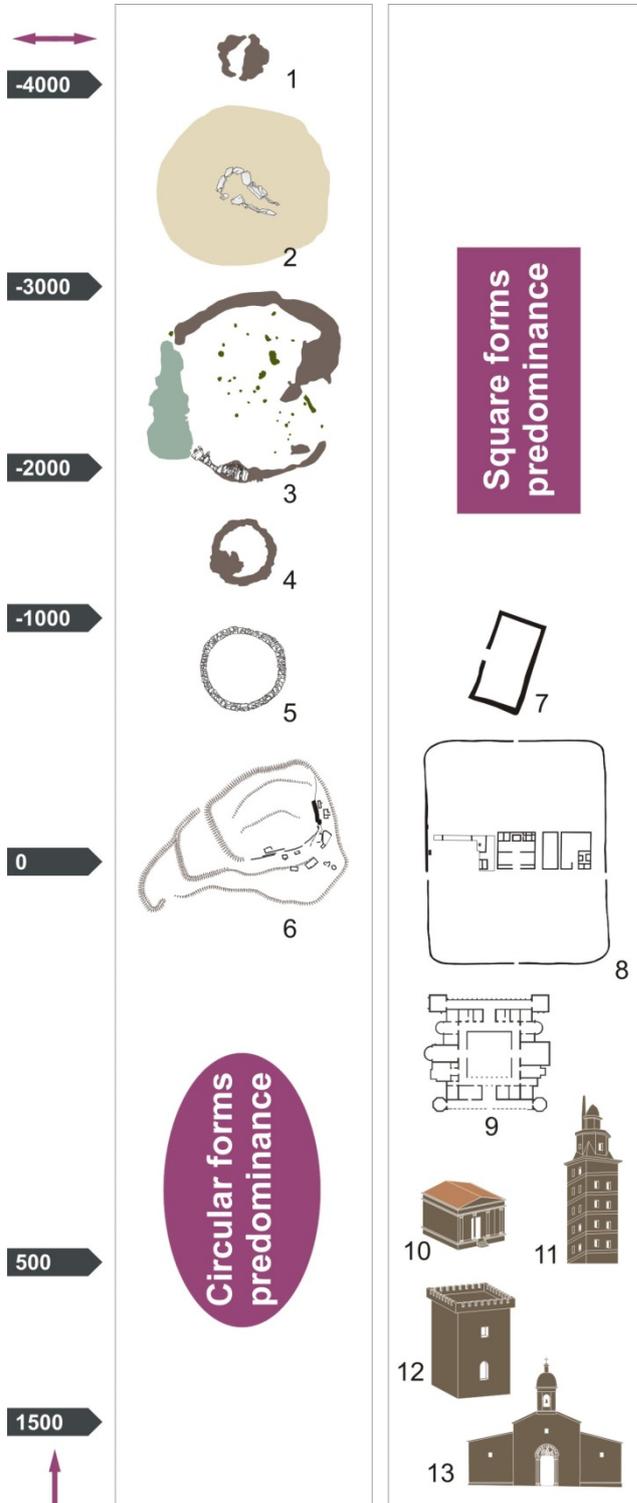


Como ejemplo podemos considerar la prehistoria tardía y la historia de Galicia, en el NW de la Península Ibérica (Figura 5), donde vemos la sucesión en el tiempo de formas circulares y cuadradas. Son circulares las cabañas prehistóricas del Neolítico tardío (n. 1) y la Edad del Bronce (n. 4), los túmulos neolíticos (n. 2), los recintos ceremoniales del Neolítico tardío (n. 3), las *croas* (acrópolis) de los poblados fortificados de la Edad del Hierro (n. 6), sus casas (n. 5). Son cuadradas o rectangulares: las casas complejas de la Edad del Hierro más reciente y jerarquizada (n. 7), los campamentos romanos (n. 8), las villae romanas (n. 9), los mausoleos romanos (n. 10) y los edificios públicos de este momento (n. 11), y más tarde, los castillos (n. 12), los templos e iglesias (n. 13). Paralelamente, algunas de estas formas son más verticales que otras, y otras son más visibles y monumentales, algo que en parte depende de que se hayan construido de un modo más o menos petrificado.

Se podría alegar que estos ejemplos son selectivos; pero este sistema de tensiones espaciales no admite excepciones: todos los casos empíricos que podamos considerar entran dentro de él. Las formas circulares, perecederas, pegadas al suelo, poco monumentales y escasamente visibles o más bien invisibles, no son sólo más antiguas, sino que también reflejan tipos **específicos** de grupos sociales, en los que predominan valores principalmente comunitarios y fuerzas igualitarias. En cambio, las formas cuadrangulares, más consistentes, verticales, monumentales y visibles, aparecen precisamente en un momento en el que las sociedades y los grupos humanos presentan rasgos radicalmente diferentes a los anteriores.

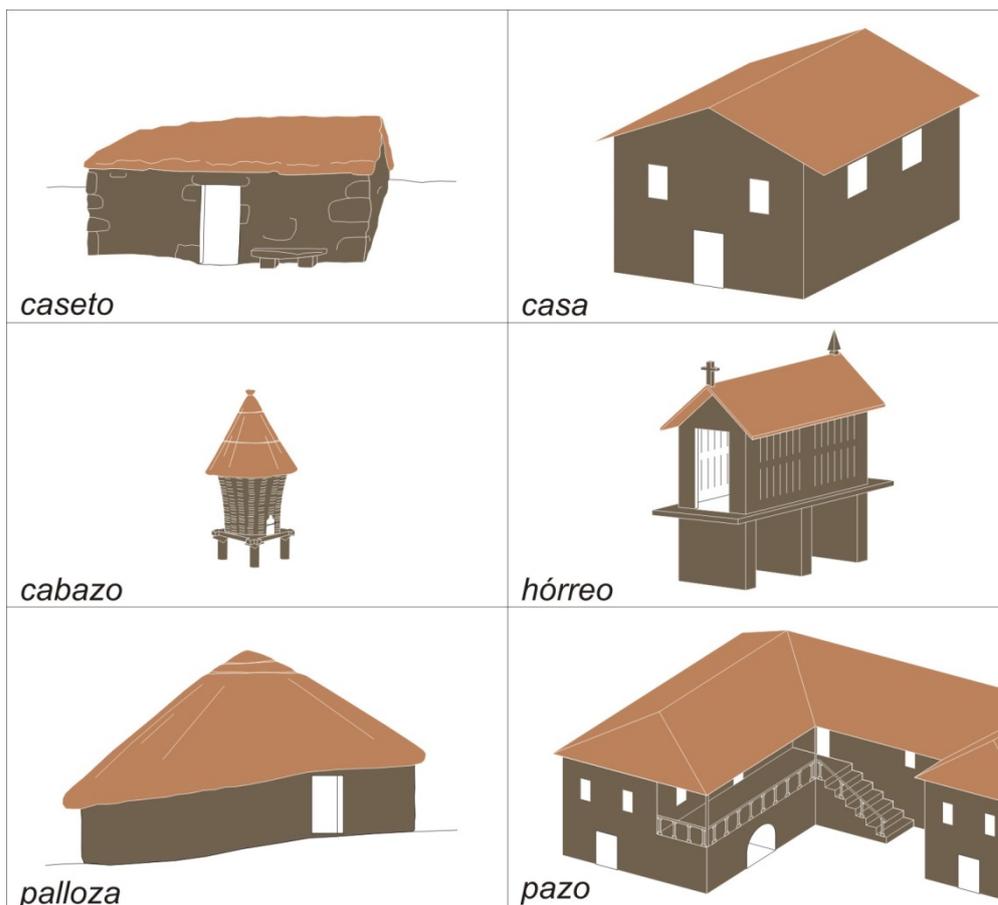
Estas tensiones pueden operar en un sentido diacrónico o sincrónico. Cuando estas oposiciones aparecen en la misma sincronía, permiten establecer, **consolidar** y representar diferencias estructurales al adentro de una misma sociedad. Por ello no sorprende ver en un poblado fortificado de la Edad del Hierro el uso diferencial de casas circulares o cuadradas para caracterizar respectivamente grupos familiares en contextos de hegemonía comunitaria y en contextos marcados por una mayor tendencia a la desigualdad, una transformación que ha sido tradicionalmente atribuida a los efectos de la conquista romana pero que, en realidad, caracteriza el final del mundo de los poblados fortificados, **en torno al cambio de era**, justo antes de la llegada de los romanos, un momento en el que emergen agrupaciones políticas complejas basadas en procesos internos de diferenciación y surgimiento de aristocracias, que preludian la formación de Estados antiguos, un desarrollo autóctono que se dio en otras zonas más dinámicas de España y que en Galicia abortó la llegada de Roma. Del mismo modo, cuando más vigorosa es la tendencia hasta la consolidación de la familia como núcleo básico de la producción y el consumo, más cuadrada, más petrificada, monumental, visible y vertical es la casa de los poblados fortificados del Hierro. Sería posible hacer una historia de la familia, el individuo y las relaciones de unos y otros con la comunidad a partir de la arquitectura de la casa y de las transformaciones de la esfera doméstica. El espacio también reproduce y produce los diferentes modelos de individuación e identidad que se han dado históricamente. Y aunque no sé qué diría al respecto Almudena Hernando, mi impresión es que la historia de los modelos

de identidad que ella ha propuesto (Hernando 2012) se refleja en las formas que resuelven el equilibrio entre las tres tensiones citadas. La identidad relacional y la identidad individualizada se formalizan (hacen forma), se objetivan (hacen objeto) en configuraciones distintas. Aunque la tendencia predominante vaya en este sentido, equiparar lo circular a la primera y lo cuadrangular a la segunda puede ser simplista porque en realidad, como vemos, la puesta en juego de las otras dos tensiones (horizontal-vertical, apertura-cierre) genera un campo de opciones mucho más vasto. Veámoslo.



Algo parecido ocurre en la arquitectura vernácula de Galicia (Figura 6). Las construcciones pobres de las comunidades rurales se consolidaron con formas circulares (*pallozas*), pegadas al

suelo y de escasa visibilidad (*casetos*), mientras que las familias campesinas ricas construyeron casas rectangulares (*casas*) que sobresalen sobre el terreno circundante, lo dominan, ven y son vistas. Las familias nobles, por su parte, construyeron palacios rurales (*pazos*), a menudo denominados *torres*, no sólo por la presencia de estructuras defensivas sino también por su naturaleza vertical. Esta oposición se observa con claridad en la arquitectura de los graneros en el paisaje rural: el humilde *cabazo* (un granero pequeño, simple y circular, pegado al suelo y característico de unidades domésticas pobres) es la forma opuesta en todos los sentidos al *hórreo* (un granero grande, alto y alargado, elevado sobre el suelo y que pertenece y hace visible las casas de los campesinos ricos y de los señores). El hórreo se inicia y difunde rápidamente en Galicia con la adopción y expansión del maíz a inicios del siglo XVII. Su origen no es claro, y aunque aparece representado en miniaturas medievales del s. XIII, tiene una semejanza formal llamativa con las colcas andinas, lo que no hace imposible pensar que a través de los movimientos migratorios y de conocimiento coloniales ese modelo potenciase la idea y estímulo para su diseño (algo que no puedo dejar de citar precisamente en este volumen). Lo más relevante del hórreo es que su tamaño funcionaba como un escaparate, exhibición o muestra del poder de la casa campesina y que, en este mismo sentido, su situación, que buscaba zonas elevadas y venteadas para estimular la aireación, buscaba también más allá de esta determinación funcional, emplazamientos que maximizasen su impacto visual, que se vieran con facilidad y rotundidad, a la vera de caminos o en puntos de cruce visual.



Las formas espaciales, pues, son dispositivos culturales para organizar la experiencia del espacio y el tiempo mediante el control y prefiguración de la forma, la vista y la mirada. Esto es especialmente cierto para la arquitectura, pero no sólo para ella. La arquitectura, al construir una forma que embebe una forma de ver y de mirar y al tiempo las posibilita, que corporiza una forma de pensar y al tiempo influye en ella, reproduce el sistema de saber-poder del ser

social. La arquitectura crea orden dentro de la sociedad. Por este motivo históricamente ha funcionado como un eficiente mecanismo para producir sentido, exhibición, control y orientación de la voluntad. Si cada tipo de arquitectura refleja la sociedad que la construye, y al tiempo construye a ésta, ello se debe a que es el resultado de una cierta forma de conceptualizar el espacio. Como he dicho varias veces, el propósito de este texto era llamar la atención sobre este fenómeno previo de conceptualización y apelar a su estudio arqueológico (y arqueo-lógico). La arquitectura es un medio soberbio para desenredar el efecto constructivo-reproductivo del concepto de espacio. Sin embargo, a pesar de ser un caso de estudio privilegiado para detectar y analizar los códigos espaciales, no es el único. Lo mismo puede ser obtenido a partir de otros códigos materiales y ámbitos fenoménicos, desde la cultura material hasta el paisaje, desde la tierra al cielo, desde el mundo hasta el submundo. El problema de investigación es de qué modo la creación de nuevos objetos culturales, en cuanto que resultado de las relaciones internas definidas en este apartado, incorpora regularidades similares a las que están presentes dentro de ese ámbito de objetos o en otros muy distintos.

Todas estas regularidades funcionan, dentro del mismo **contexto ontológico** (en el sentido de Alberti et al. 2011: 903 cuando proponen que la “ontología” es un término más potente y correcto que “cultura”), de un modo similar y con relaciones de compatibilidad y correspondencia entre ellas, es decir, comparten un mismo *modo de existencia*. Así, detrás de cualquier X-scape (donde X puede ser “land”, “sky”, “mind”, “dream”, “use” o cualquier otro ámbito fenoménico), está el espacio mismo. Todas dan lugar a objetos con dimensiones espaciales, independientemente de que modifiquen el entorno mucho, poco o nada. En todos los casos, utilizan (modifican o construyen) el entorno y es ahí donde radica la potencia domesticadora de esos mecanismos, su fuerza cultural para modificar el medio y construir un medio humano. Un asunto distinto es dictaminar la escala a la que actúan esos mecanismos, que puede escalonarse desde la casa al medio, desde la *domus* a la domesticación para llegar, finalmente, a la plena artificialización del mundo.

## (7) Un final abierto

He centrado mi atención en algunos temas que juzgo de gran interés, y que demandan una interpretación más exhaustiva, incluyendo además una definición adecuada de sus contextos sociales e históricos (como plantean Earle y Kristiansen 2010). Una pesquisa de este tipo sería de gran interés en arqueología, humanidades, ciencia, tecnología, estudios culturales y en la creación artística, porque una comprensión apropiada del espacio producirá nuevas visiones sobre los procesos de materialización, lo que permite aproximaciones innovadoras a temas especialmente relevantes hoy en día como la hegemonía del diseño o los procesos de formación de patrimonio cultural, eso que denominamos hoy en día “patrimonialización” (aunque han tardado, también los especialistas anglosajones han incorporado el tema al inglés como *heritagization*”, Margry et al. 2011). También incrementa nuestra comprensión del tiempo social y facilita una ontología centrada en el espacio que, más allá de las tecnologías 3D, permita crear una perspectiva 4D (que incorpore la dimensión temporal) e incluso otra que podríamos denominar “XD” (que incorpore la perspectiva subjetiva, el punto de vista de sujetos distintos, y los diferentes puntos de vista del mismo sujeto). Todo ello (que involucra posibles desarrollos tecnológicos innovadores) puede ser apoyarse en una comprensión robusta de los conceptos de espacio que subyacen tanto a las entidades representacionales como a las ontologías alternativas, incluyendo las indígenas.

En todo caso, dado que yo no soy un gran partidario de una voluntad de saber positiva, sino más bien de una dialéctica negativa como la de Adorno, la falsación de los principios teóricos en los cuales se basa esta pesquisa (que existe una configuración del espacio encarnada en la acción humana y sus materializaciones) no implicaría el fracaso de esta investigación, sino su satisfacción en términos negativos.

## Agradecimientos

Debo agradecer ante todo a Anxo Rodríguez Paz por sus figuras. Además a todos los compañeros con los que he discutido estos argumentos y han contribuido a los episodios de investigación que lo posibilitan: Lois Armada, David Barreiro, Rebeca Blanco, Pastor Fábrega, Marco García Quintela, Camila Gianotti, César González-García, Alfredo González-Ruibal, Blai Guarne, Joeri Kaal, Elías López-Romero, Marco Llobera, Antonio Martínez Cortizas, Lucía Moragón, César Parcero-Oubiña, Cristina Sánchez-Carretero, J.C. Sánchez-Pardo, Manuel Santos-Estévez.

## Referencias

- Abalos, I. (2000) *La buena vida. Visita guiada a las casas de la modernidad*. Barcelona, Gustavo Gili.
- Akrich, M. and Latour, B. (1992) A Summary of a Convenient Vocabulary for the Semiotics of Human and Nonhuman Assemblies. In W.E. Bijker and J. Law (eds) *Shaping Technology/Building Society. Studies in Sociotechnical Change*, 259-264. Cambridge, MIT Press.
- Alberti, B. and Marshall, Y. (2009) Animating archaeology: local theories and conceptually open-ended methodologies. *Cambridge Archaeological Journal* 19 (3), 344–356.
- Alberti, B., Fowles, S., Holbraad, M., Marshall, Y. and Witmore, C. (2011) “Worlds Otherwise”. *Archaeology, Anthropology, and Ontological Difference. Current Anthropology* 52 (6), 896-912.
- Appadurai, A. (1986) *The social life of things*. Cambridge, Cambridge University Press.
- Belmonte, J. A. and Shaltout M. (2009) *In search of Cosmic Order: selected essays on Egyptian Archaeoastronomy*. Cairo, Supreme Council of Antiquities Press.
- Berglund, B. E. (2003) Human impact and climate changes - synchronous events and a causal link?. *Quaternary International* 105, 7-12.
- Bradley, R. (2012) *The idea of order. The Circular Archetype in Prehistoric Europe*. Oxford, Oxford University Press.
- Brassier, R., Grant, I.-H., Harman, G. and Meillassoux, Q. (2007) Speculative Realism. In R. Mackay (ed.) *Collapse vol. III: Unknown Deleuze [+ Speculative Realism]*, 307-449. Falmouth, Urbanomic.
- Bryant, L.R. (2010) *Onticology: A Manifesto for Object-Oriented Ontology*. Blog LarvalSubjects, <http://larvalsubjects.wordpress.com/2010/01/12/object-oriented-ontology-a-manifesto-part-i/>
- Bryant, L.R. (2011) *The Democracy of Objects*. Michigan, MPublishing and Open Humanities Press.
- Campagno, Marcelo (ed.) (2014) *Pierre Clastres y las sociedades antiguas*. Buenos Aires, Editorial Miño y Dávila.
- Caicoya, César (1997) Acuerdos formales. El Museo Guggenheim, del proyecto a la construcción. *Arquitectura Viva* 55, número monográfico dedicado al Guggenheim Bilbao: 32-37.
- Sabaté, Joan (1997) Transformar la materia. Libertad formal y razón técnica en el Guggenheim. *Arquitectura Viva* 55, número monográfico dedicado al Guggenheim Bilbao: 38-47.
- Cormier, L. (2003) Decolonizing History. Ritual transformation of the past among the Guajá of Eastern Amazonia. In N. L. Whitehead (ed.) *Histories and Historicities in Amazonia*, 123-39. Lincoln, University of Nebraska Press.

- Creese, J. L. (2011) *Deyughnyonkwarakda – “At the Wood’s Edge”: The Development of the Iroquoian Village in Southern Ontario, A.D. 900-1500*, PhD Thesis. Toronto, University of Toronto. <https://tspace.library.utoronto.ca/handle/1807/29694>.
- Criado-Boado, F. (1993) Límites y posibilidades de la Arqueología del paisaje. *SPAL, Revista de Prehistoria y Arqueología* 2, 9-55.
- Criado-Boado, F. (2012) *Arqueológicas: la razón perdida. La construcción de la inteligencia arqueológica*. Barcelona, Bellaterra, (libro disponible a través de la App “Arqueológicas” para sistemas Android e iOS).
- Criado-Boado, F. (2013) La producción de sentido. La Arqueología más allá de la interpretación. In J. A. Quirós *La materialidad de la Historia. La arqueología en los inicios del siglo XXI*, 101-140. Madrid, Editorial Akal.
- Criado-Boado, Felipe (2014) Clastres. Ayer, hoy, siempre. In Marcelo Campagno (ed.), *Pierre Clastres y las sociedades antiguas*. Buenos Aires, Editorial Miño y Dávila, pp. 37-64.
- Deleuze, G. (1988) *Le pli - Leibniz et le baroque*. Paris, Minuit.
- DeMarrais, E., Gosden, C. and Renfrew, C., (eds.) (2004) *Rethinking materiality. The engagement of mind with the material world*. McDonald Institute Monographs. Cambridge, McDonald Institute for Archaeological Research, University of Cambridge.
- Díaz-Andreu, M. and García Benito, C. (2012) Acoustics and Levantine Rock Art: Auditory Perceptions in La Valltorta Gorge (Spain). *Journal of Archaeological Science* 39: 3591-3599
- Earle, T. and Doyle, D. (2008) The engineered landscapes of irrigation. In L. Cliggett et al. (eds.), *Economics and the transformation of landscape*. Lanham, Altamira Press.
- Earle, T. and Kristiansen, K. (eds) (2010) *Organizing Bronze Age Societies. The Mediterranean, Central Europe, and Scandinavia compared*. Cambridge, Cambridge University Press.
- Foucault, M. (1976) Questions à Michele Foucault sur la Géographie. *Herodote* 1, 71-85.
- Foucault, M. (1978) *Las palabras y las cosas*. México, Siglo XXI.
- Fredell, A., Kristiansen, K. and Criado-Boado, F. (eds) (2010) *Representations and Communications. Creating and Archaeological Matrix of Late Prehistoric Rock Art*. Oxford, Oxbow Books.
- Funari, P.P. (1998) *Cultura material e arqueologia histórica*. Campinas, UNICAMP.
- García Quintela, M.V. (2009) Por una topología comparada indo-europea. In F. Delpech and M.V. García Quintela (eds.) *Vingt ans après Georges Dumézil. Mythologie comparée indo-européenne et idéologie trifonctionnelle: bilans, perspectives et nouveaux domaines. Vle colloque international d’anthropologie du monde indo-européen et de mythologie comparée*, 307-328. Budapest, Archaeolingua.
- Gianotti, Camila, Criado Boado, Felipe y Mañana Borrazás, Patricia (2006) Before the Barrows: Forms of Monumentality and Forms of Complexity in Iberia and Uruguay. In Ladislav Šmejda (ed.), *Archaeology of Burial Mounds*, pp. 38-52. University of West Bohemia, 2006
- Gianotti, C., Mañana-Borrazás, P., Criado-Boado, F. and López-Romero, E. (2011) Deconstructing Neolithic Monumental Space: the Montenegro Enclosure in Galicia (Northwest Iberia). *Cambridge Journal of Archaeology* 21 (3), 391-406.
- González-García A. C. and Belmonte J. A. (2010) Statistical Analysis of megalithic tomb orientations in the Iberian Peninsula and neighbouring regions, *Journal for the History of Astronomy* 41 (2), 225-238.

- González-Ruibal, A. (2007) *Arqueología Simétrica: un giro teórico sin revolución paradigmática*. *Complutum* 18, 283-319.
- González-Ruibal, A. (ed.) (2013) *Reclaiming archaeology. Beyond the tropes of modernity*. Londres, Routledge.
- González-Ruibal, A. (ed.) (2014) *Contemporary Past, Archaeology of the*. In Claire Smith (Ed.): *Encyclopedia of Global Archaeology*, New York: Springer, pp 1683-1694
- Heidegger, M. (1994) *Construir, habitar, pensar*. In M. Heidegger, *Conferencias y escritos*, 127-42. Barcelona, Ediciones del Serbal.
- Hernando, A. (2012) *La fantasía de la individualidad. Sobre la construcción sociohistórica del sujeto moderno*. Buenos Aires-Madrid, Katz Editores.
- Hernando, A. and González-Ruibal, A. (2011) *Fractalidad, Materialidad y Cultura: Un Estudio Etnoarqueológico de los Awá-Guajá de Maranhão (Brasil)*. *Revista Chilena de Antropología* 24 (2), 9-61.
- Ingold, T. (2000) *Building, dwelling, living: how animals and people make themselves at home in the world*. In T. Ingold, *The perception of the environment: essays on livelihood, dwelling and skill*, 173-188. London, Routledge.
- Karlsson, H. (2001) *It's about time. The Concept of Time in Archaeology*. Göteborg, Bricoleur Press.
- Kristiansen, Kristian, Ladislav Smejda, Jan Turek (2014) *Paradigm found. Archaeological theory -present, past and future*. Oxford: Oxbow Books.
- Laporte, L., Joussaume, R. and Scarre, C. (2002) *Le tumulus C de Péré à Prissé-la-Charrière (Deux-Sèvres)*. In *Gallia préhistoire* 44, 167-214.
- Latour, B. (2006) *A textbook case revisited –Knowledge as Mode of Existence*. En E. Hackett, O. Amsterdamska, M. Lynch and J. Wacjman (eds.), *The Handbook of Science and Technology Studies –Third Edition*, (2007) pp. 83-112, Cambridge, Mass: MIT Press.
- Latour, B. (2007) *Nunca fuimos modernos. Ensayo de antropología simétrica*. Madrid, Siglo XXI.
- Latour, (2011) *Some experiments in art and politics*. *E-flux Journal*, March 2011, <http://e-flux.com/journal/view/217>
- Lillios, K. T. and Tsamis, V. (ed.) (2010) *Material Mnemonics: Everyday Memory in Prehistoric Europe*. Oxford, Oxbow Books.
- Lizot, J. (1976) *Le cercle des feux. Faits et dits des indiens Yanomami*. Paris, Ed. du Seuil.
- Llobera, M. (2001) *Building past perceptions with GIS: understanding topographic prominence*. *Journal of Archaeological Science* 28, 1005-1014.
- Llobera, M. (2007) *Reconstructing Visual Landscapes*. *World Archaeology* 39 (1), 51-69.
- Llobera, M. (2010) *Archaeological visualization: towards an archaeological information science (AISC)*. *Journal of Archaeological Method and Theory Archaeology*. DOI 10.1007/s10816-010-9098-4.
- López-Romero, E. (2008) *Monuments néolithiques de la région de Lorient (Morbihan, Bretagne): a propos des modes d'organisation des territoires*. *L'Anthropologie* 112, 572-597.
- Malafouris, L. and Renfrew, C. (eds.) (2010) *The cognitive life of things. Recasting the boundaries of the mind*. Cambridge, McDonald Institute for Archaeological Research, University of Cambridge.

- Mañana-Borrazás, Patricia y Criado-Boado, Felipe (2014) Punctuated stages of megalithic construction: from barrows chronologies to sediments. In Session B27, "Megalithic biographies: cycles of use and closure", hold in the XVII Mundial Congress of Prehistoric and Protohistoric Sciences (1-7 September, 2014), Burgos.
- Margry, P. J., and Sánchez-Carretero C. (2011) Rethinking Memorialization. The Concept of Grassroots Memorials. In P. J. Margry and C. Sánchez-Carretero (eds.) *Grassroots Memorials. The Politics of Memorializing Traumatic Death*, 1-48. New York - Oxford, Berghahn.
- Meinig, D. W. (1976) The beholding eye: Ten versions of the same scene. *Landscape Architecture* 66, 47-54.
- Muñoz, Ivan, y Zalaquett, Francisca (2011) El paisaje en la distribución de los túmulos funerarios del valle de Azapa, durante el periodo formativo, norte de Chile. *Revista de Geografía Norte Grande* 50: 23-43.
- Muñoz, Ivan (2012) Agua y monumentalidad en el valle de Azapa: indicadores del uso del espacio en las poblaciones Alto Ramírez, Periodo Formativo, Norte de Chile. *Chungara* 44,4: 1-22.
- Olsen, B. (2007) Keeping things at arm's length: a genealogy of asymmetry. *World Archaeology* 39(4), 579-588.
- Olsen, B. (2010) *In defense of things: archaeology and the ontology of objects*. Lanham, AltaMira.
- Pallasmaa, J. (2008) *The Eyes of the Skin. Architecture and the Senses*. New York, Wiley-Academy.
- Parcerro-Oubiña, C. and Criado-Boado, F. (2013) Social Change, Social Resistance: A Long-Term Approach to the Processes of Transformation of Social Landscapes in the Northwest Iberian Peninsula. In M.C. Berrocal, L. García Sanjuán and A. Gilman (eds.) *The Prehistory of Iberia. Debating early Social Stratification and the State*, 249-265. New York, Routledge.
- Parcerro-Oubiña, C., Criado-Boado, F. and Barreiro, D. (f/c) Landscape Archaeology. In C. Smith and J. Smith (eds.). *Encyclopedia of Global Archaeology*. New York, Springer. Link: [http://www.springerreference.com/docs/navigation.do?m=Encyclopedia+of+Global+Archaeology+\(Human+Sciences\)-book148](http://www.springerreference.com/docs/navigation.do?m=Encyclopedia+of+Global+Archaeology+(Human+Sciences)-book148)
- Parker Pearson, M. and Richards, C. (eds.) (2004) *Architecture and Order. Approaches to Social Space*. London/New York, Routledge.
- Prieto-Martínez, M.P. (1999) Caracterización del estilo cerámico de la edad del Bronce en Galicia: cerámica campaniforme y cerámica no decorada. *Complutum* 10, 71-90.
- Prieto-Martínez, P., Cobas-Fernández, I. and Criado-Boado, F. (2003) Patterns of spatial regularity in late prehistoric material culture styles of the NW Iberian Peninsula. In A. Gibson (ed.) *Prehistoric Pottery: people, pattern and purpose 1156*, 147-188. Oxford, British Archaeological Reports.
- Robin, G. (2010) Spatial Structures and Symbolic Systems in Irish and British Passage Tombs: the Organization of Architectural Elements, Parietal Carved Signs and Funerary Deposits. *Cambridge Archaeological Journal* 20:3, 373-418.
- Rodríguez Mayorgas, A. (2010) *Arqueología de la palabra. Oralidad y escritura en el mundo antiguo*. Barcelona, Bellaterra.
- Ruggles, C. L. N. (1999) *Astronomy in Prehistoric Britain and Ireland*. New Haven, Yale University Press.

- Sloterdijk, P. (2003) *Esferas I: Burbujas. Microsferología*. Madrid: Siruela; 2003 [german 1998]. 2004. *Esferas II: Globos. Macrosferología*. Madrid: Siruela; 2004 [german 1999]. *Esferas III: Espumas. Esferología Plural*. Madrid: Siruela; 2006 [german 2004].
- Tilley, C. (1994) *The Phenomenology of Landscape*. Oxford, Berg.
- Troncoso A, Criado-Boado F, and Santos-Estévez M. 2011. Arte rupestre y códigos espaciales: un caso de estudio en Chile Central. *Chungara, Revista de Antropología Chilena* 43 (2), 161-176.
- Velandia, C.A. (2005) *Iconografía funeraria en la cultura arqueológica de Santa María, Argentina*. Tolima, Universidad de Tolima.
- Viveiros de Castro, E. (2004a) Exchanging perspectives: the transformation of objects into subjects in Amerindian ontologies. *Common Knowledge* 10 (3), 463–484.
- Viveiros de Castro, E. (2004b) Perspectival anthropology and the method of controlled equivocation. *Tipiti'* 2 (1), 3–22.
- VV.AA. (2012) *Fonctions, utilisations et représentations de l'espace dans les sépultures monumentales du Néolithique européen*, (Colloque International 8-10 juin 2011). Aix-en-Provence, Maison Méditerranéenne des Sciences de l'Homme.
- Warnier, J. P. (2001) A praxeological approach to subjectivation in a material world. *Journal of Material Culture*, 6 (5): 5-24.
- Webmoor, T. (2007) What about 'one more turn after the social' in archaeological reasoning? Taking things seriously. *World Archaeology* 39 (4), 563-78.
- Widgren, M. (2012) Landscape research in a world of domesticated landscapes: the role of values, theory and concepts. *Quaternary International* 251, 117-24.
- Wigley, M. (1993) *The Architecture of Deconstruction. Derrida's Haunt*. Cambridge, The MIT Press.
- Wylie, J. (2007) *Landscape*. London and New York, Routledge.